

The background of the book cover is a stylized, high-contrast illustration. It features a dark silhouette of a city skyline with several buildings, some of which have small white squares representing windows. A large, bright red sun with a yellow outline is positioned in the upper left quadrant. A bridge is visible in the upper right. The overall color palette is dominated by dark browns, blacks, and reds, with some yellow and white highlights.

Enrico Berlinguer Austeridad

La respuesta del Partido Co-
munista Italiano al progra-
ma de austeridad ante la
crisis

Austeridad

¿Por qué hace tres años ningún marxista hablaba de la austeridad como posible estrategia transformadora del capitalismo y ahora sí? ¿Cuál es el carácter de la actual crisis capitalista? ¿Es posible resolver la crisis en un sentido "revolucionario"»?

Enrico Berlinguer

Enrico Berlinguer, Secretario General del P.C.I., procura en el presente texto un esbozo de respuesta a estos interrogantes: los más conflictivos, sin duda, de un momento histórico que también es el nuestro.

Introducción de Julio Segura.

Cuadernos **MATERIALES**

Enrico Berlinguer



Austeridad

Una ocasión para transformar Italia

Introducción de Julio Segura

Editorial Materiales
Barcelona



Austeridad

La edición original italiana fue publicada por Editori Riuniti, de Roma, con el título *Austerità. Occasione per trasformare l'Italia*. © Editori Riuniti, 1977

Cubierta de Alberto Corazón
Traducción de Alberto Nicolás
Introducción de Julio Segura

© de la edición castellana: Materiales S. A. de Estudios y Publicaciones

Primera edición: enero de 1978

Todos los derechos sobre la presente edición (incluyendo la traducción, la introducción y el diseño de la cubierta) reservados, conforme a ley, a favor de Materiales S. A. de Estudios y Publicaciones

Impreso en Gráficas Diamante, Zamora 83, Barcelona-18

Depósito Legal: B. 49813 - 1977
ISBN 84 - 85341 - 01 - 5

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Este libro ofrece al lector español dos discursos de E. Berlinguer sobre la austeridad, uno que constituye una de las novedades más importantes del pensamiento italiano actual y otro que es una crítica a la política económica del P.C.I.

Los dos discursos, pese a su unidad temática y proximidad temporal, presentan diferencias notables. En el primero —pronunciado ante una asamblea de intelectuales en Roma—

INDICE

Estudio introductorio, por Julio Segura	7
Enrico Berlinguer: AUSTERIDAD	
I. Conclusiones ante la convención de intelectuales	51
II. Conclusiones a la Asamblea de los obreros comunistas lombardos	77

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Este libro ofrece al lector español dos discursos de E. Berlinguer sobre la austeridad; tema que constituye una de las novedades teóricas más importantes en el planteamiento que el comunismo europeo hace de la superación de la crisis actual y que, desde hace año y medio, ha sido uno de los pilares centrales del debate interno del PCI.

Los dos discursos, pese a su unidad temática y proximidad temporal, presentan diferencias notables. En el primero —pronunciado ante una asamblea de intelectuales en Roma— se precisan más los aspectos generales de la política de austeridad y el papel que en la misma están llamadas a jugar las fuerzas de la cultura. En el segundo —pronunciado ante una asamblea de militantes lombardos en Milán— privan los aspectos de aplicación inmediata y los objetivos explícitos perseguidos por la austeridad en el contexto italiano. Además,

este último discurso debe entenderse como dirigido a militantes comunistas y, desde este punto de vista, tiene una riqueza política superior al primero.

Los aspectos descriptivos de la polémica sobre la austeridad en el seno del PCI ya han sido ampliamente tratados en una extensa nota introductoria a la traducción del segundo de los discursos aparecida en MATERIALES. * Dicha nota incluye, además, una bibliografía comentada sobre la polémica, razón por la cual en lo que sigue no haré historia sobre los fundamentos de la discusión, centrándome en los aspectos analíticos e interpretativos relacionados con la austeridad como alternativa transformadora de la izquierda, y señalando en notas a pie de página sus relaciones con partes de los discursos de Berlinguer.

* MATERIALES, n.º 4, julio-agosto 1977, pp. 97-102.

1. INTRODUCCIÓN

El primer interrogante que surge ante la defensa que, desde posiciones marxistas, ha venido realizándose de la necesidad de una política de austeridad es obvio: ¿por qué hace tres años ningún marxista hablaba de la austeridad como posible estrategia transformadora del capitalismo y ahora sí? Y aún más: ¿por qué algunos marxistas defienden ahora la austeridad cuando han combatido, durante más de veinte años, la política de estabilización y de rentas tradicionalmente utilizada por los gobiernos capitalistas para salir de las crisis económicas?

La respuesta a la primera pregunta se deriva del carácter de la crisis económica que actualmente soportan las economías capitalistas, carácter específico y en buena medida nuevo que, extremando algunas peculiaridades de las crisis tradicionales de los últimos decenios —posteriores a la II guerra mundial—, exige en gran medida una estrategia nueva para ser

superada. Por supuesto, existen razones adicionales a la señalada. Por una parte, el convencimiento de que en los momentos actuales un cambio revolucionario radical —en el hipotético caso de que fuese posible— en la Europa Occidental, implicaría una reducción a corto plazo tal en los niveles de consumo, de vida, de seguridad, etc. de la comunidad, que sería rechazado por la gran mayoría de la sociedad, pese a sus posibles beneficios a largo plazo. En otras palabras, no parece aceptable en estos momentos para el movimiento obrero una opción de tipo soviético que implicase sacrificios muy fuertes, inmediatos y duraderos para la sociedad, exigiendo unos niveles de acumulación forzosa elevados y una clara subordinación de los intereses de las generaciones actuales en favor de las venideras.¹

Adicionalmente, la concepción del tránsito al socialismo en los países de Europa Occidental como un proceso progresivo —aunque no meramente reformador— que exige agotar previamente las posibilidades políticas y económicas del capitalismo, ha implicado un cam-

bio estratégico fundamental en el movimiento comunista europeo. Por una parte, este planteamiento supone su articulación dentro de una vía parlamentaria que exige a los partidos marxistas el ofrecer programas factibles y no hacer mera oposición en el sentido de plantear reivindicaciones no asequibles ni para el capitalismo ni para una primera etapa de transición al socialismo. Por otra parte, esta misma vía, implica que los partidos europeos operan «desde dentro» del sistema,* habiendo además adquirido posiciones políticamente preeminentes en sus respectivos países, y ello potencia sus posibilidades de llevar al límite, de forma acelerada y actuando como catalizadores, las soluciones parciales que el capitalismo puede arbitrar para superar situaciones de crisis. Pero, al mismo tiempo, esta posición refuerza la necesidad de ofrecer alternativas reales de poder y, por tanto, de plantear reivindicaciones difícilmente asequibles al capitalismo, pero no imposibles de llevar a la práctica por un gobierno socialista en las mismas condiciones tanto internas como internacionales.

1. No cabe atacar esta afirmación diciendo que los niveles actuales de desarrollo económico europeo harían más llevaderos los sacrificios en términos de las generaciones actuales. El aislamiento al que serían sometidas las sociedades que optaran por esta solución sería fortísimo, y su potencial productivo se encuentra diseñado para actuar en el mercado capitalista internacional, y depende, para su utilización y mantenimiento, del mismo.

Por lo que respecta a la segunda pregunta —¿por qué los comunistas defienden ahora la austeridad, habiéndose opuesto siempre a las

* Ver Berlinguer (1,6) cuando razona el por qué el PCI no debe esperar a entrar en el Gobierno para presentar un proyecto de renovación.

soluciones estabilizadoras y de política de rentas?—, la respuesta es obvia: la política de austeridad transformadora, defendida por algunos partidos comunistas europeos, es algo radicalmente distinto de una política de rentas y de una política de estabilización económica—o, al menos, debería serlo—, pese a que ambas presenten algunas apariencias comunes entre las que la necesidad de una cierta disciplina de rentas es la más notable. Un tema éste, sobre el que volveré más adelante (ver 3).

Como resumen, creo que puede ser útil anticipar, en forma sintética, las dos tesis fundamentales que trataré de demostrar y defender en este trabajo:

I) la idea de la austeridad encuentra firmes apoyos en el carácter de la crisis económica y política por la que atraviesa el capitalismo en la década actual y, por ello, se puede definir una política de austeridad con contenido de clase que sea transformadora, y por tanto revolucionaria, que genere una dinámica tal de cambios que, a medio plazo, resulte inasequible al propio capitalismo.

II) no es fácil formular ni, aún menos, controlar dicha política, porque la continuidad entre sus imprescindibles resultados a corto plazo dentro de una for-

mación social concreta, y su poder transformador de dicha formación, es compleja, presenta fuertes riesgos de evanescencia y, por tanto, de no superar una postura reformista.

Para justificar la tesis I trataré, en primer lugar, los aspectos específicos de la crisis capitalista actual que, en mi opinión, fundamentan la necesidad de formular una política de austeridad como alternativa real de poder por parte de la izquierda. En el epígrafe 3, se analiza el por qué de la capacidad de transformación efectiva de la austeridad así definida, prestándose especial atención, también, a los costes que, para la clase obrera, tiene la misma. En el cuarto apartado, dedicado a la tesis II, se tratan explícitamente las dificultades de formulación y control de una política de austeridad con contenido de clase.

2. ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA CRISIS ACTUAL

Las crisis experimentadas por el capitalismo en el siglo xx han sido generalmente combatidas por dos vías, encaminadas ambas a lograr la recuperación de las condiciones que permiten la acumulación rentable del capital

privado. Por una parte, llevando a cabo una política «keynesiana» de expansión del sector público, encaminada a recuperar los niveles de actividad interior, acompañada de elementos de estabilización dirigidos, prioritariamente, a contener los crecimientos salariales, recuperando así de forma indirecta las tasas de beneficio, y, secundariamente, a limitar los posibles efectos inflacionistas de una política económica expansiva que, no obstante, y hasta hace pocos años, nunca habían sido muy importantes cuando existían recursos ociosos tanto en la forma de excedentes de mano de obra sin emplear como de excesos de capacidad productiva. Por otra parte, ampliando la intervención imperialista en las zonas más atrasadas del mundo e, incluso, acentuando la penetración del capital del centro en los países más avanzados pero dependientes tecnológica y económicamente de aquel.

En resumen, la forma de actuar ha seguido un esquema que puede resumirse en pocas palabras: la aplicación de políticas interiores de estabilización clásica tendentes a reorganizar la producción de forma tal que se sentaran las bases para una recuperación de la actividad privada que permitiera utilizar plenamente los recursos ociosos con una tasa de beneficios remuneradora para el capital.

Pero la aplicación sistemática y generalizada de este tipo de soluciones ha conducido, nece-

sariamente, a un *sensible aumento de la intervención del sector público*. Y esto, por una doble vía. En primer lugar, una política de recuperación económica impulsada por el sector público exige un aumento de los gastos públicos destinado a mantener, y en su caso recuperar, la rentabilidad del sector privado. En segundo lugar, porque la única contrapartida que se podía ofrecer a la clase obrera en situaciones de crisis era un aumento de prestaciones sociales como forma de mitigar los efectos de un nivel de vida deteriorado: mejoras en el seguro de paro, en las pensiones, en las condiciones de trabajo, etc. Y ambos factores han conducido tanto a un considerable aumento de los gastos públicos y, por tanto, de los niveles de presión fiscal en las economías capitalistas más avanzadas, como a una sensible ampliación del terreno en el que el sector público ha intervenido en las economías capitalistas, terreno antes inexistente u ocupado parcialmente por la iniciativa privada.

Si bien estos factores han implicado cambios sensibles en la forma de operar del sistema capitalista, no han supuesto, sin embargo, transformaciones cualitativas que afectasen a los principios esenciales del mismo, ya que tres, entre otros, elementos fundamentales —y que aquí interesa destacar— han sido celosamente defendidos de toda posible intervención:

a) el *control* del mecanismo de acumulación y distribución, ha seguido en manos del capital privado. No se trata tan sólo de que en una economía capitalista la inversión privada sea controlada por los propietarios del capital, sino de que, además, la propia estructura y composición de la inversión pública, en tanto que determinada por gobiernos defensores de interés de clase, responde a criterios de mantenimiento y potenciación de las condiciones de explotación del capital privado.

b) el principio de *titularidad* privada del capital rentable, apoyado en un principio de subsidiariedad, explícito o implícito pero siempre operativo, según el cual las inversiones públicas o bien se dirigen directamente a crear las condiciones necesarias de relanzamiento del proceso de acumulación privada, realizando las mejoras infraestructurales precisas para ello y no directamente rentables desde el punto de vista privado, o bien se dedican a actividades que, a más de no ser competitivas, como por ejemplo los gastos de defensa, van a generar cuantiosas demandas para el capital privado.

c) la *estructura de consumo* típica de la sociedad capitalista sigue mantenién-

dose intacta. El principio de potenciar el consumo privado individual, creando necesidades artificiales y modos cada vez más sofisticados pero no más útiles de satisfacerlas, de mantener a niveles lo más reducidos posible los consumos colectivos, y de permitir la existencia de ingentes gastos improductivos, sigue siendo uno de los principios que sustentan el sistema económico capitalista.

Hasta aquí una descripción somera, y sesgada hacia los aspectos más relevantes desde el punto de vista de la austeridad, de la forma en que las sociedades capitalistas han superado sus crisis productivas en este siglo. Pero si esta forma ha sido operativa hasta ahora, ¿cuáles son los factores que han impedido en la década de los años 70 aplicar idénticas soluciones?, o, por lo menos, ¿cuáles son los motivos por los que la aplicación de dichas políticas ha arrojado resultados muy poco satisfactorios desde el propio punto de vista de los intereses de la clase capitalista?

La idea fundamental para contestar estos interrogantes es muy simple: *el recurso continuado durante medio siglo a la solución estabilización - intervención - imperialismo ha reducido de forma sensible las posibilidades de seguir recurriendo a dicho mecanismo de superación de las crisis, y ello porque las tres*

vías son autocontradictorias con la propia supervivencia a largo plazo del modo de producción capitalista.²

El recorte de las posibilidades efectivas de hacer frente a las crisis en la forma tradicional, es claro. En efecto, en estos momentos, y sobre todo en los países capitalistas más desarrollados, el nivel de intervención del Estado en la economía se halla cercano a los máximos compatibles con una economía de mercado. El sector público, con frecuencia, genera más de un tercio de la actividad directamente productiva, absorbe un tercio del excedente en forma de detracciones fiscales y, en algunos sectores, compite directamente con el capital privado, rompiendo incluso a veces situaciones de monopolio del mismo. Y esto es así porque, pese a todo lo señalado respecto a la naturaleza del sector público en una economía capitalista, éste tiene sus propias exigencias, siquiera parciales, de rentabilidad de «mercado» y su propia dinámica interna que lo hacen progresivamente menos flexible, es decir, menos capaz de actuar compensadoramente a la baja respecto al sector privado

2. Entre otros muchos análisis de la evolución reciente del capitalismo, pueden verse: M. Kidron, *Western Capitalism since the war*, Pelican 1968; J. O'Connor *The Fiscal Crisis of the State*, St. Martins Press, N. York 1973; R. Rowthorn, «Ernest Mandel's 'Late Capitalism'», *New Left Review*, julio-agosto 1976 y el propio *Late capitalism* de E. Mandel.

cuando éste se recupera. Los gastos corrientes, que se disparan en épocas depresivas, flexionan con lentitud en las expansiones y, en general, los llamados estabilizadores automáticos actúan en forma marcadamente asimétrica.

En segundo lugar, se han reducido de forma muy importante las reservas internas de mano de obra parada cuya explotación, en condiciones muy ventajosas para el capital privado, ha constituido una buena parte del poder de recuperación de las economías capitalistas. El éxodo de la agricultura a la industria y los servicios parece haber llegado a su límite en casi todos los países occidentales, las tasas de participación de la mujer en la fuerza de trabajo han experimentado elevaciones muy considerables en los últimos lustros, aunque se encuentren aún por debajo de su máximo potencial, y sólo parece apuntarse como posible reserva «final» la mano de obra de los países del Tercer Mundo. Sin embargo, su posible utilización masiva presenta problemas que, pese a exceder totalmente los límites de este trabajo, cabe pensar son muy considerables y difícilmente compatibles con la existencia de una izquierda fuerte y consolidada en posiciones cercanas al poder.*

* De ahí entre otras razones, la insistencia de Berlinguer (I.3) en la necesidad de una liberación del Tercer Mundo que supondría un golpe definitivo a las posibilidades capitalistas de superar la crisis por la vía de una acentuada explotación

En tercer lugar, las posibilidades de empeorar las condiciones de vida de la clase obrera como forma de redistribución en favor del capital, parecen, también, muy limitadas. Por una parte, por razones políticas derivadas del fortalecimiento de la clase obrera a lo largo de las últimas décadas. Por otra, porque en los países más avanzados de occidente, los niveles de prestaciones sociales y de servicios colectivos son tales que la diferencia estrictamente económica entre un trabajador parado y uno que se encuentre empleado no son muy sensibles.

Por último, en 1973 surgió un elemento de destabilizador adicional, permanente y de difícil previsión: las alzas de los precios de los crudos que, actuando en forma de un impuesto externo sobre los países importadores de petróleo, obligaba a éstos a dedicar entre un 1 y un 4% de su producto nacional para atender dichas importaciones, ocasionando además alteraciones permanentes de la estructura de precios, con sus consiguientes efectos sobre el mecanismo de asignación y los ritmos de inflación.

En estas condiciones, las economías occidentales, enfrentadas a la crisis que comenzó a hacerse patente en 1971, no pudieron optar por la solución tradicional y, siendo conscientes de

de la periferia y del empleo en condiciones de bajos salarios de sus cuantiosos excedentes de mano de obra parada.

que una política fuertemente restrictiva sería muy difícil de llevar a la práctica, máxime en un período en que se imponían fuertes redistribuciones internacionales de renta, que dificultaban de forma notable las necesarias redistribuciones internas que conlleva la superación de toda crisis capitalista, optaron por financiar tanto las elevaciones salariales como las necesidades ampliadas de financiación del capital privado, entrando por primera vez en muchos años en una línea de expansión abiertamente inflacionista, que si bien no ayudaba realmente a resolver el problema de la crisis, sí permitía posponer su cura durante algún tiempo.

Sin juzgar si esta postura permisiva en materia de financiar la inflación fue miope, en el sentido de que tasas elevadas de subidas de precios unidas a niveles altos de paro y a una profunda crisis productiva tenían que constituir un mal mayor que la alternativa de una política económica más dura adoptada desde 1971, el hecho es que los países occidentales decidieron aceptar, como mal menor, la inflación y financiarla de forma consciente.* Y

* En este sentido aparece como discutible la afirmación de Berlinguer (II.3) relativa a la subestimación que el poder hizo de los riesgos de la inflación. Quizá existió un cierto factor de subestimación, pero las posibilidades de instrumentar en 1971 una política restrictiva no eran claras y el recurso a la inflación no fue, desde luego, inconsciente.

esta política permisiva, forzada en gran medida, como hemos visto, por el acortamiento de las posibilidades del capitalismo para superar una crisis generalizada y profunda, constituyó el elemento decisivo en la aparición de una modalidad de crisis, caracterizada por un elemento nuevo en la historia de las crisis capitalistas precedentes: la coincidencia de altos niveles de desempleo —resultado inmediato de la crisis productiva—, con tasas alarmantes de inflación —financiadas, como mal menor, por una política permisiva de las autoridades económicas.

Sin embargo, y pese a que la vía inflacionista fue adoptada al principio de la década de los años 70 por todos los países capitalistas, con los EE.UU. a la cabeza, la evolución posterior de las economías occidentales no fue uniforme. Por una parte, los países con sistemas productivos más desarrollados y, por tanto, más capaces de hacer frente a la crisis —como los EE.UU. y la R.F.A.— abandonaron relativamente pronto la línea permisiva, recurriendo a políticas más o menos firmes antiinflacionistas de corte clásico, apoyándose para ello tanto en su considerable potencial productivo como en la inexistencia de grupos reales de izquierda en los aledaños del poder. Otros países, con mayores problemas económicos, tales como la Gran Bretaña, optaron por la misma línea sobre la base de una fuerte ayu-

da exterior y gracias a un gobierno socialdemócrata que pudo, mal que bien, hacer aceptar un pacto social a un movimiento sindical con el que mantiene profundas concomitancias. Pero las dos economías más débiles, dentro del grupo claramente desarrollado de Europa Occidental, la italiana y la española, no pudieron optar en su momento (1974) por esa vía. Y ello, por varios motivos.

En ambos casos, se trata de economías con graves desequilibrios productivos reflejados, principalmente, en los sectores exterior y público; con fuertes desigualdades regionales y serios problemas en su estructura productiva tanto agrícola como industrial. Pero aquí acaban los paralelos. Por una parte, Italia realizaba unas elecciones generales en las que el PCI daba un paso de gigante hacia el poder, contaba con unas centrales sindicales de clase muy evolucionadas que, desde hacía más de una década, se estaban planteando los problemas a medio y largo plazo de control económico del sistema por la clase obrera y, por ello, la alternativa de la austeridad comenzó a ser esbozada a finales de 1975. Por su parte, España, estaba en los últimos meses de la dictadura, con partidos políticos y centrales sindicales sin legalizar, y con un aparato productivo que había experimentado, durante no menos de quince años, una línea desarrollista basada fundamentalmente en el recurso a la

inflación propiciado por el sector público. Por ello no es de extrañar que el análisis de una posible vía de austeridad por parte de la izquierda no comenzara a plantearse en España hasta bien entrado 1977.³

Parece, en consecuencia, que la importancia de la formulación de una política de austeridad transformadora en los casos italianos y español se encuentra fundada en profundas analogías. Por una parte, dos economías desarrolladas, con niveles de renta elevados y problemas de distribución muy importantes. Dos estructuras productivas con serias debilidades dentro de un mundo capitalista más maduro y con mayor capacidad para superar la crisis económica. Dos países en los que la izquierda puede o bien ofrecer alternativas reales de poder político inmediato —Italia— o ha irrumpido con gran fuerza y parece capaz de poder ofrecer dicha alternativa en un período de tiempo no muy dilatado —España—. Y que, en ambos casos, han optado por tratar de hacer efectiva dicha alternativa.

Hasta aquí hemos visto el por qué de la ac-

titud adoptada por los países capitalistas ante la crisis de 1971, cómo ésta ha propiciado la aparición de una nueva modalidad de crisis donde la inflación aparece como elemento característico; y cómo en dos países, Italia y España, al menos una parte de la izquierda parece haber adoptado la política de austeridad como instrumento de transformación profunda del sistema económico. Pero sigue sin contestar, explícitamente, el principal interrogante: ¿por qué esa política de austeridad?

3. LA AUSTERIDAD COMO POLÍTICA TRANSFORMADORA

Si el análisis precedente, pese a su esquematismo (ya que sólo he tratado de señalar los aspectos de la crisis internacional más significativos para el tema de la austeridad, pero no caracterizarla), es correcto, puede establecerse una consecuencia de gran importancia desde el punto de vista que aquí interesa: la forma tradicional de hacer frente a las crisis ha ido introduciendo elementos progresivamente crecientes de ineficacia, necesarios para la superación de aquéllas, pero de carácter contradictorio con el propio modo de producción capitalista; y tanto más acusado en aquellas formaciones sociales que, como la italiana y la

3. En lo que conozco, la defensa pública de una política de austeridad transformadora, definida desde posiciones de izquierda, comenzó en mi «Crisis económica, transformación social y austeridad» *Argumentos* n.º 1, mayo 1977, suscitando serias reticencias. El paso de medio año y la postura política del PCE y, posteriormente, del PSOE parecen haber abierto paso a considerar dicha política de austeridad como una alternativa de izquierdas.

española, presentan debilidades económicas considerables y una situación política en que la izquierda puede y debe ofrecer una alternativa real de gobierno.

Este acortamiento de los márgenes de maniobra es el que indujo a las autoridades económicas de los países capitalistas a adoptar la vía inflacionista generalizada y, de esta forma, *la inflación se ha convertido en un instrumento indispensable para conseguir el modestísimo desarrollo productivo que ha caracterizado a las economías occidentales en los últimos cuatro años.* Ha sido el instrumento del que se ha servido el capital para dirigir el proceso de acumulación y distribución experimentado en los últimos tiempos, que ha permitido financiar las holguras y los despilfarros productivos característicos y necesarios para toda economía capitalista avanzada y que ha logrado, a corto plazo, mantener las tensiones sociales reivindicativas dentro de unos límites políticamente soportables para el sistema. Y esto, nunca se destacará suficientemente, constituye un cambio radical respecto a las modalidades anteriores de crisis en que la superación se lograba de forma más restrictiva, sin un período precedente y dilatado en el que el crecimiento de los precios había sido muy importante, y utilizado como mitigador temporal de los efectos de la crisis.

Además de la afirmación anterior, y preci-

samente apoyándose en ella, parece una verdad generalmente aceptada que, en las condiciones actuales de la economía española e italiana —y mundial—, *es imposible tratar de resolver el problema del paro sin, previamente, limitar de forma sensible, si no erradicar, la inflación.* No es posible hacer una política antiinflacionista que ataque tan sólo los síntomas y manifestaciones externas de la inflación, porque esos síntomas y esas manifestaciones externas son, precisamente, la propia inflación. Sin embargo, sí es posible luchar, al menos a corto plazo, contra los efectos del paro sin dañar de forma irreparable los intereses de la clase obrera, aunque sí afectándolos, y posponiendo temporalmente una política de expansión dirigida a recuperar los niveles de empleo y el ritmo de crecimiento. Por ello, una política de austeridad implica un orden de prioridades que considera como objetivo primero, aunque no principal, la inflación y, por tanto, es una política orientada inicialmente a cortar ésta como paso previo a una recuperación de la actividad productiva.

El razonamiento del párrafo precedente creo que puede ser suscrito tanto por los economistas conservadores —que no dudan en hacerlo—, como por los marxistas —algunos de los cuales aún ofrecen cierta resistencia a aceptarlo—, porque en la situación actual de la economía capitalista mundial, y dada la correla-

ción de fuerzas políticas, no existe forma alguna de superar la crisis económica que no pase, como mínimo, por la atenuación de la inflación. Esto no significa que para la clase obrera el principal enemigo sea la inflación. Su principal enemigo es el paro, ya que una escala salarial indicada en forma automática y frecuente no tendría por qué implicar pérdida alguna de poder adquisitivo, mientras que unos elevados niveles de desempleo no son compatibles con los intereses de los trabajadores. El problema es que, insisto, en las condiciones actuales de las economías europeas occidentales, la lucha contra el paro exige, como paso previo, la lucha efectiva contra la inflación.

Y ello es así porque el aumento de la inversión privada y/o la posibilidad de que el sector público obtenga recursos financieros en condiciones saneadas —vías únicas aquí y ahora para reducir sensiblemente el paro— pasan, irremisiblemente, por la recuperación de las tasas de ahorro, por un cierto equilibrio de pagos exteriores, por unas expectativas mínimas de rentabilidad garantizada y por una cierta disciplina financiera, incompatibles todas ellas con ritmos de inflación situados entre el 15 y el 30%.⁴

4. Para un desarrollo más detallado técnicamente de estos argumentos ver J. Segura, «Crisis económica...» art. cit. principalmente pp. 32-33.

Si se acepta la necesidad de combatir prioritariamente la inflación para superar la crisis actual, se llega a la segunda pregunta fundamental: ¿cuál es la diferencia entre una política de austeridad transformadora tal como la propugnada por la izquierda y una política clásica de estabilización, recurso típico de la oligarquía? La pregunta resulta pertinente, porque es muy probable que un diagnóstico puramente economicista de las crisis precedentes del mundo occidental condujera, también, a la conclusión de la necesidad ineludible de una política de estabilización o de rentas, a la que siempre —y con razón— se han opuesto las fuerzas de izquierda. Anticipando esquemáticamente la contestación, podría decirse que las diferencias se hallan tanto en los *objetivos* últimos perseguidos por estas políticas, como en la *forma de instrumentar* ambas.

Para la clase capitalista, el objetivo de la política de estabilización es lograr una recuperación de las tasas de beneficio y acumulación que refuercen el sistema capitalista y le permitan perpetuar sus anteriores condiciones de reproducción ampliada; para la clase obrera el objetivo de una política de austeridad es poner las bases para la superación del sistema capitalista a través de la eliminación del despilfarro, del consumo improductivo y de un

acrecentado control obrero sobre los mecanismos de acumulación y distribución.

La salida estabilizadora propugnada por el capital es obvia. No se trata de erradicar la inflación, que ha devenido en un instrumento imprescindible para el control de la clase capitalista, sino de «reducir» o de «flexionar» la tasa de inflación sin afectar con ello ni al mecanismo distributivo ni al sistema de toma de decisiones. Se trata, en suma, de una redistribución forzada de la renta, instrumentada por medio de una restricción salarial, unida a una política activa de gasto público encaminada a ayudar, de forma intervencionista, al capital privado, a financiar el consumo improductivo; dirigida en suma a financiar nuevas holguras productivas y despilfarros en un futuro inmediato. Precisamente por tratarse de una política diseñada para reproducir el sistema, la «austeridad» propugnada por la oligarquía es siempre una «austeridad» temporal, una solución de emergencia, a corto plazo, porque la propia supervivencia de la economía capitalista es contradictoria con una austeridad continuada. La naturaleza del proceso de acumulación capitalista exige despilfarros considerables para financiar tanto volúmenes crecientes de consumo improductivo como la expansión y creación de mercados que sustenten la acumulación como fin en sí misma.

Por el contrario, la austeridad propugnada por la izquierda tiene un sentido opuesto al descrito. Puesto que, como hemos visto, el fomento del consumo improductivo y de la acumulación por sí misma constituyen elementos imprescindibles para la supervivencia del sistema capitalista, se trata de poner en práctica una austeridad que elimine las posibilidades de financiar ambos elementos. No se trata de una austeridad transitoria sino duradera que, exigiendo un mayor rigor, eficiencia y competencia en la administración de los recursos nacionales, permita la superación del modelo de consumo individualista,* basado en la creación de necesidades artificiales e irracionales, fomentando el consumo colectivo, la mejora de la calidad de vida, y trunque el nexo acumulación-distribución característico de la economía capitalista. Y, por ello, la austeridad propugnada por la clase obrera, no trata de moderar la inflación, si no de eliminar radicalmente sus causas profundas, que no se encuentran en anécdotas —aunque importantes— escaseces de materias primas, ni en pasajeros desajustes entre producción y consumo, sino en la necesidad imperiosa que el capital privado tie-

* En este aspecto es fundamental la precisión de Berlinguer (II, 5) sobre la contradicción existente entre «austeridad»-consumismo por una parte, y austeridad-consumos colectivos por otra.

ne de poder financiar despilfarros y actividades socialmente improductivas.*

No parece, en suma, aventurado afirmar que, si se puede formular una política de austeridad con el contenido finalista que hemos discutido en el último párrafo, dicha política será, en sentido radical, transformadora porque si bien no constituye un proyecto completo de transición hacia una sociedad socialista en las condiciones actuales del capitalismo europeo meridional, sí es una línea clara de desarrollo de la economía y la sociedad que tiene como fines obvios el abandono de la injusticia y de la irracionalidad.**

3.1. LOS ASPECTOS NEGATIVOS DE LA AUSTERIDAD

Sin tratar de hacer un desarrollo exhaustivo de una política de austeridad transformadora, desarrollo que no puede ser idéntico para todos los países, sí pueden señalarse algunos de los elementos imprescindibles de la misma.⁵

* Para una caracterización más genérica ver Berlinguer (I, 2); para una definición más axiológica ver Berlinguer (I, 6).

** Ver Berlinguer (I, 6).

5. Para un estudio detallado en el caso italiano ver «Ache punto à la lotta all'inflazione» (Amendola, Barca, etc.), *Quaderni di Politica ed Economia*, enero 1977; L. Barca «La scelte economiche nell'accordo di programma», *Rinascita*,

Como toda política transformadora propugnada en una formación social capitalista en que el gobierno se encuentra en manos de la burguesía, la austeridad defendida por la izquierda implica un pacto y una transacción políticas entre las distintas clases sociales y, por ello, conlleva un determinado reparto de las cargas necesarias para superar la crisis económica y política. Esto significa que, *la política de austeridad supone sacrificios no deleznable para la clase obrera*; sacrificios que, con frecuencia, no se han destacado suficientemente.

Los dos costes fundamentales que, en mi opinión, presenta una política de austeridad son *la contención salarial y el abandono temporal del crecimiento y, por tanto, de la creación de puestos de trabajo*. El primer aspecto ha sido muy discutido y en él se centran tanto las reticencias sindicales frente a la política de austeridad como las críticas de la izquierda extraparlamentaria, al ser un terreno abonado para la demagogia más elemental. Sin embargo, se trata de un aspecto difícilmente cuestio-

8 julio 1977, pp. 3-4; y en *Proposta di progetto a medio termine*, Riuniti, julio 1977. Para un esbozo en el caso español ver J. Segura, «Una alternativa de política económica a corto plazo para superar la crisis», *Nuestra Bandera* n.º 88-89, octubre 1977. Para un caso cualitativamente diferente, pero con puntos de contacto y cercano a nosotros, puede verse el programa común francés en *Economie et Politique* mayo 1977, pp. 56-80.

nable, al menos por dos motivos. Uno primero es el de estricta necesidad técnica dentro de una economía capitalista, porque la única forma de atajar a *corto plazo y con resultados inmediatos* la inflación es una moderación de las elevaciones salariales (y de otros tipos de rentas cuyo control es más complejo y difícil en un sistema capitalista), ya que todo ataque a las raíces de la inflación implica reformas profundas cuyos efectos, aunque más duraderos y saneadores que los de la restricción salarial, tardan más tiempo en actuar. La segunda razón aparece apuntada con toda nitidez por Berlinguer cuando señala que la postura «moderada» en la negociación con la Cofindustria respecto a las elevaciones salariales implica un sacrificio de los trabajadores empleados en beneficio de los parados, las mujeres, los jóvenes y las áreas subdesarrolladas.* Parece irrefutable que, en las condiciones actuales de la economía europea, existe un elevado grado de complementariedad entre elevaciones salariales y aumento de paro.

Las posibilidades reales de aplicación y el grado de injusticia que implica una restricción salarial, varían considerablemente de una

* Ver (II, 5). Sacrificio este último (en favor del Mezzogiorno) valioso y difícil de defender para el PCI si se tiene en cuenta que su mayor fuerza electoral se encuentra en el norte, comparativamente sacrificado en este acuerdo.

economía a otra en función de la distribución de la renta existente, de la estructura del sistema fiscal, del nivel de desarrollo alcanzado, del tipo de reivindicaciones salariales precedentes, etc...; pero *en todos los casos dicha restricción puede servir para y debe orientarse hacia una redistribución interna de las rentas salariales globales* como único beneficio de carácter salarial directo a lograr por la clase obrera en esta situación.⁶

El segundo sacrificio, que creo también importante, es, sin embargo, oculto celosamente por los defensores de la política de austeridad y, por ello, debe destacarse. *La austeridad implica necesariamente un abandono temporal de la expansión económica.*⁷ Podrá argüirse que los puestos de trabajo que sobrevivan a la austeridad serán más estables, seguros y tendrán una base económica más sana, pero esto

6. En condiciones de fuerte expansión este objetivo es mucho más difícil de conseguir porque suelen producirse deslizamientos generales de la estructura de salarios junto con aumentos más fuertes en las industrias y empleos «punta» que tienden a producir, simultáneamente, elevaciones del salario medio y una mayor dispersión del abanico salarial.

7. No deja de ser significativo que este punto se omita en los discursos de Berlinguer, e incluso en exposiciones amplias y detalladas de la política de austeridad como la de L. Barca, «La lotta all'inflazione dopo le prime misure del governo» en *Achè punto... op. cit.* pp. 35-51. Aquí tiene razón C. Napoleoni (*ibidem* pp. 97-102) cuando señala que la austeridad implica aceptar durante un cierto período un crecimiento económico muy moderado, o incluso negativo (dependiendo de la gravedad de la situación de partida).

no evita que, durante la primera etapa de la austeridad, el paro no pueda reducirse e, incluso, se incremente. Y este factor negativo se encuentra adicionalmente agravado por el hecho de que las contrapartidas más directas al mismo (seguro de desempleo, fondos de acción coyuntural, obras públicas y municipales, etc.) se encuentran limitadas por la propia aplicación de la austeridad al sector público y suponen simples ayudas, pero no remedios ni conquistas de la clase trabajadora —como puede serlo la mejora redistributiva salarial en el caso de la política de rentas.

3.2. LOS ASPECTOS POSITIVOS DE LA AUSTERIDAD

Los dos tipos de costes discutidos de la política de austeridad para la clase trabajadora deben, sin embargo, situarse en su justo ámbito temporal para valorarlos en forma adecuada.

En primer lugar, y por lo que respecta a la restricción salarial, es fundamental tener en cuenta que la distribución del excedente entre el capital y el trabajo no es la resultante directa, en una economía capitalista, de las elevaciones salariales pactadas, sino de la cuantía y composición de la acumulación. Esto significa que *cualquier* política salarial —expan-

siva o contractiva—, puede ver invertidos sus efectos sobre la participación de los salarios en la renta nacional, según sea la composición sectorial de la inversión. Por ello, si el objetivo final de la lucha sindical en el terreno de las rentas es la distribución del excedente, *el instrumento fundamental y más efectivo es el control del proceso de inversión por parte de la clase trabajadora*. Este debe ser uno de los objetivos prioritarios de la política de austeridad transformadora y constituye *la única contrapartida real a medio y largo plazo a una restricción salarial*.

En cuanto al segundo aspecto negativo de la austeridad —posponer la expansión económica y, por tanto, la lucha contra el paro—, el problema estriba en saber cuáles son los puestos de trabajo por los que le interesa luchar a la clase obrera y cómo es más eficaz hacerlo. Crear nuevos empleos con una estructura industrial como la actual resulta difícil por las acrecentadas necesidades de acumulación que ello lleva consigo⁸ y, además, dicha estructura se encuentra orientada a satisfacer una demanda de tipo consumista e individualista, con fuertes elementos de artificialidad, cuya inestabilidad es, por tanto, grande. ¿Es en es-

8. El proceso de sobrecapitalización y la consiguiente rigidez en la capacidad de generación de nuevos puestos de trabajo desde 1962, es un hecho comprobado para la economía española.

ta estructura industrial donde puede y debe la clase obrera tratar de obtener nuevos puestos de trabajo? Aunque la respuesta a corto plazo sea tautológicamente afirmativa, a medio plazo no puede serlo. En este frente la reivindicación clave ha de ser *un puesto de trabajo establece y socialmente necesario*, y no un empleo en una economía inestable, socialmente improductivo y defendido por medidas administrativas. *En este punto, la clave se encuentra en un proceso de reconversión de la estructura productiva que, de nuevo, conduce al objetivo prioritario de controlar la inversión y, adicionalmente, a imponer normas socialmente más productivas de empleo de los recursos y esquemas de demanda más racionales.*

En resumen, y sin negar la existencia de importantes costes a corto plazo para la clase obrera implícitos en una política de austeridad, estos deben situarse en un horizonte temporal que permita contemplar, también, los posibles logros de dicha política.⁹

La discusión precedente apunta hacia lo que deben constituir los aspectos positivos de una política de austeridad con contenido de clase, es decir, hacia los elementos suscepti-

bles de convertir una simple necesidad estabilizadora derivada de la lógica capitalista, en un poderoso instrumento de transformación social.* Desde este punto de vista es preciso destacar, como mínimo, los siguientes puntos fundamentales:

a) *Los profundos logros redistributivos* que puede lograr una política de austeridad; punto de vital importancia en sociedades que —como la italiana y la española— presentan, junto a niveles acumulados apreciables, y posibilidades futuras considerables, de expansión, fuertes desequilibrios en la distribución de la riqueza que afectan tanto a áreas geográficas, como a clases sociales, a sexos y a la propia clase obrera. Formaciones sociales que, en suma, presentan, incluso en situaciones de crisis acentuada como la actual, problemas cualitativos más importantes que los puramente cuantitativos.

b) *El fuerte impulso a la satisfacción de necesidades sociales* que debe conseguir una política de austeridad, propiciando un cambio en la propia estructura del consumo como contrapartida a la inevitable restricción del

9. Ver L. Barca, «La lotta...» *art. cit.*, donde señala la necesidad de «programar dentro de un límite mínimo de tres o cuatro años» (p. 40) para crear las condiciones políticas que den veracidad a la austeridad.

* Berlinguer es muy consciente de esta necesidad de conversión, como patentiza uno de los subepígrafos de su segundo discurso: «La austeridad es una opción forzosa: convertíamola en ocasión para transformar la sociedad».

consumo privado. En este sentido es importante destacar que la austeridad propugnada por la izquierda no puede significar en ningún momento ascetismo * sino un profundo cambio en el sistema de valores donde la solidaridad en la satisfacción de las necesidades físicas y culturales sustituya como principio orientador al espíritu competitivo y al individualismo burgués. Una mayor satisfacción de necesidades sociales que reviertan en mejoras directas del nivel de vida de la clase trabajadora, irreversibles, y que no requieren elevaciones salariales.

c) *Las posibilidades de expansión equilibrada de la riqueza* que la política de austeridad puede abrir en el futuro. En este sentido, es preciso apuntar tanto a una reasignación global de los recursos cuanto a un mayor rigor y eficiencia en su utilización. Es absolutamente imprescindible, para lograr una expansión duradera que permita remediar el problema del paro, una transferencia cuantiosa de recursos, ahora dedicados al consumo, hacia la inversión productiva, siguiendo rígidos criterios de selectividad. Estos criterios exigen que la reducción del consumo recaiga sobre las mercancías que satisfacen necesida-

des socialmente artificiales, y que la acumulación incida, fundamentalmente, sobre los sectores que presentan mayores desproporcionalidades producción interior —necesidades, sobre las actividades menos dependientes de las importaciones y sobre las industrias que satisfacen necesidades colectivas.¹⁰

d) *La defensa de la independencia nacional y el desarrollo de un internacionalismo solidario* inherente a una política de austeridad. La izquierda tiene la obligación imperiosa de convertir el simple reequilibrio de la balanza de pagos, necesario en una estabilización clásica, en una nueva dirección de la política económica encaminada no a la simple obtención de financiación del comercio exterior, sino a su desarrollo equilibrado que potencie una economía independiente, sin crisis permanentes de proporcionalidad, en que el comercio internacional juegue un papel complementario y no sirva como instrumento de dominación del centro imperialista. Este es un aspecto adicional, relevante y con frecuencia poco destacado, de la virtualidad que puede

10. Es relevante señalar que mientras que en el caso de la inversión se trata de *cambiar* los criterios de selectividad en la línea de una mayor rentabilidad social, en el caso del consumo se trata de *introducir* la selectividad, de imponerla, ya que el sistema capitalista se caracteriza, precisamente, por no planear la composición del consumo sobre la base de una pretendida «soberanía del consumidor».

* La oportuna cita de Phan Van Dong (Berlinguer II, 9) no precisa de mayor comentario.

tener una política antiinflacionista controlada por las fuerzas del trabajo.

e) *La clarificación de ciertas áreas institucionales de poder económico* constituye otro de los objetivos. En este aspecto, las relaciones sector público-sector privado y el control de los trabajadores y ciudadanos sobre la administración pública constituyen dos áreas esenciales. La primera, porque va dirigida a una redefinición del papel del sector público en una economía capitalista y de sus relaciones con la iniciativa privada; siendo el objetivo principal el abandono del principio de subsidiariedad, la satisfacción de necesidades colectivas, frente al apoyo («infraestructural») al capital privado; el papel beligerante del sector público en la distribución frente a su permisividad favorable a la oligarquía; en suma, una política dirigida a crear un sector público socializado con una dinámica propia e independiente, aunque no activamente contradictoria, con los intereses privados.* El segundo aspecto, de control obrero y ciudadano, constituye el instrumento clave de esta redefinición del sector público, y ha de orientarse necesariamente hacia el logro de una absoluta ejemplaridad en el uso de los recursos

* Ver Berlinguer (II, 11 b) para una caracterización —algo ambigua— del papel de la iniciativa privada (mercado, empresa, beneficio).

públicos y hacia la liberalización efectiva de sus condiciones de actuación.

4. LOS RIESGOS DE LA POLÍTICA DE AUSTERIDAD

Creo que, a estas alturas del ensayo, la tesis I, relativa a la necesidad y carácter transformador de una política de austeridad con contenido de clase, se encuentra sólidamente fundamentada. Y creo, también, que la propia discusión de los objetivos e instrumentos de dicha política permite aceptar, sin argumentos adicionales, la tesis II: sus graves riesgos y dificultades. Sin embargo, el tema es lo suficientemente importante como para dedicar un cierto espacio a la especificación de dichos riesgos.

El peligro fundamental es que la política de austeridad termine reproduciendo el sistema, perdiendo, en su puesta en práctica real, los elementos transformadores que contiene. El riesgo existe porque una política de austeridad como la discutida, contiene elementos básicos de estabilización que comienzan a operar desde el principio, mientras que los aspectos transformadores tienen virtualidad a medio

plazo, tras un proceso de gestión y control no sencillo. Es claro que este problema es de *carácter político*, porque un simple pacto o acuerdo a corto plazo entre el gobierno y una oposición de izquierdas, por fuerte que ésta sea, no garantiza el cumplimiento de sus obligaciones por parte de aquél una vez que haya logrado lo único que para él es esencial conseguir de la izquierda: la aceptación de la moderación salarial. Esto significa que los defensores de una política de austeridad de carácter transformador han de vigilar continuamente los términos del acuerdo y tener una fuerza política suficiente para poder forzar al Gobierno sin producir una regresión política. Un difícil equilibrio que supera con mucho el marco de posibles comisiones mixtas o conjuntas de vigilancia y que puede llegar, no es difícil imaginarlo en determinadas circunstancias, a la movilización de masas.

En segundo lugar, *la aceptación por parte de los sindicatos de clase de los principios salariales de una política de austeridad es difícil*, porque exige que la clase obrera comprenda y asuma la existencia de fuertes relaciones de sustituibilidad entre el crecimiento de los salarios y el del empleo, entre el aumento de los salarios más altos y el de los más reducidos, entre el desarrollo de las zonas más atrasadas y el de las ricas, y entre el nivel de consumo actual y las posibilidades fu-

turas de expansión económica. Adicionalmente, esto significa que la clase obrera tome conciencia de que sus conquistas reales se encuentran mucho más en el terreno de un mayor control sobre el proceso de acumulación, sobre las condiciones de trabajo en la empresa, y en una mayor oferta de servicios públicos gratuitos que en la simple indicación automática de las escalas salariales. Todo esto exige una estrategia sindical muy matizada y compleja, tanto más difícil de lograr cuanto más puramente reivindicativos sean los sindicatos de clase.¹¹ Y exige, a su vez, una acción sindical de información veraz a la base, de explicación y concienciación políticas que, sin ocultar los riesgos y aspectos negativos de la política de austeridad, sea capaz de convertir a la clase obrera en un elemento de desarrollo y control activo de su aplicación, y no en una mera receptora de sus resultados. Sería un error político fatal olvidarse de que sin una participación continuada y fiscalizadora de la clase obrera la política de austeridad —una buena parte de cuya virtualidad se va dirimir a nivel de fábrica— corre el grave riesgo de con-

11. Esta dificultad es muy fuerte en el caso español en que las centrales sindicales acaban de salir de un largo período de clandestinidad en que el planteamiento de reivindicaciones inasequibles al sistema tenía, en sí mismo, una eficacia política obvia: el recorte de las posibilidades de acción de la dictadura.

vertirse en una simple estabilización tradicional dada la fuerza del aparato del Estado, que se encuentra en manos del capital.

Por último, pero no por ello menos importante, *una política de austeridad exige calendarios de elaboración legislativa muy precisos, tanto en su aspecto temporal como en un contenido*. Un simple acuerdo de principios o enumeración imprecisa de las contrapartidas que constituyen los aspectos transformadores de una política de austeridad, vaciarían de contenido real a la misma o, en el mejor de los casos, dificultarían enormemente la labor de control y vigilancia. Y tampoco puede olvidarse que los puntos clave de estas contrapartidas se encuentran en las prestaciones sociales, los consumos colectivos y el control de la inversión y administración públicas.

No es pues la política de auteridad con contenido de clase una opción ni fácil ni exenta de sacrificios y riesgos, porque ha de tratar de, aprovechando una exigencia del propio sistema capitalista, recortar paulatinamente sus márgenes de maniobra, construyendo sobre una base precaria una proyecto parcial en el camino de la transformación hacia formas socialistas de vida. Pero todas estas dificultades no pueden hacernos olvidar que se trata de una oportunidad única para la clase obrera, que de su éxito o fracaso va a depender el futuro político de algunos países euro-

peos, y que va a constituir, sin lugar a dudas, un elemento central de la estrategia comunista en los próximos años.

Julio SEGURA

CONCLUSIONES ANTE LA CONVENCIÓN DE INTELLECTUALES

ENRICO BERLINGUER

Austeridad

I. CONCLUSIONES ANTE LA CONVENCION DE INTELECTUALES

Roma, Teatro Elíseo, 15 de enero de 1977

Ante todo quiero manifestar la satisfacción de la dirección del partido por la respuesta que nuestra iniciativa ha encontrado entre los intelectuales comunistas y entre intelectuales y representantes políticos de diferentes orientaciones, de otras corrientes. La participación y el interés que ha suscitado nuestra convención demuestran su madurez y su oportunidad, de las que ya estábamos convencidos cuando propusimos «ponernos a trabajar» (volveré luego sobre el significado de esta expresión) por un proyecto de renovación de la sociedad italiana.

El método de trabajo de los comunistas no es el del centro-izquierda.

Este ha sido y es el tema principal, la razón y la finalidad de nuestra reunión con vosotros. No nos habíamos propuesto volver a profundizar cuestiones como las de la relación entre política y cultura, entre partido e intelectuales (aunque quisiera decir algo más sobre ellas en la conclusión de mi intervención), sino fundamentalmente abrir un debate sobre el tema concreto que se planteaba en la propia convocatoria de la convención: cuál puede ser la aportación de la cultura a la elaboración de un proyecto de renovación de la sociedad italiana.

Esta convención ha pretendido ser, y creo que lo ha conseguido, un momento de la construcción de ese proyecto; no creo, pues, que pueda dar lugar a desilusiones, ni por nuestra parte ni por la vuestra. Sólo podría sentirse decepcionado el que, entendiendo equivocadamente el sentido de nuestra propuesta y, más en general, desconociendo el método de trabajo de los comunistas, pensara que el camarada Tortorella, el camarada Napolitano o yo mismo habíamos venido aquí para presentaros poco menos que un plato ya preparado, al que vosotros sólo tendríais que añadir los condimentos o decir si os gustaba o no. Por el contrario, decidimos convo-

car esta convención antes de llegar, como partido, a un proyecto acabado en sus diferentes partes, por la sencilla razón de que tal proyecto ha de ser el resultado de una investigación y de un trabajo común que tienen una envergadura mucho mayor que el que está realizando y realizará el grupo dirigente de nuestro partido. En efecto, aunque sólo sea para no volver a caer en la experiencia negativa del centro-izquierda, teníamos y tenemos que evitar el error de los proyectos elaborados sólo desde un escritorio.

El camarada Napolitano os ha informado de que la dirección del partido ha constituido una comisión que ya está trabajando en este proyecto, pero ha aclarado también que, antes de que presente sus propuestas a la dirección y al Comité Central del partido, queremos llevar a cabo una verificación de masas de las propuestas a formular, queremos estimular la aportación de todos los que desean comprometerse activamente en el cambio de esta sociedad; queremos, en definitiva, hacer algo que, por su método y por su esencia, no se ha hecho nunca en Italia: llegar a un proyecto de transformación discutido entre la gente, con la gente. Y como para transformar nuestra sociedad no hemos de aplicar doctrinas o esquemas ni copiar modelos ya existentes ajenos, sino recorrer caminos nuevos todavía por explorar, es decir, inventar algo

nuevo pero que esté bajo la piel de la historia, algo maduro, necesario y, por consiguiente, posible, es natural que el primer momento de nuestro trabajo haya sido y tenga que ser el encuentro con las fuerzas que son o deberían ser creativas por definición, con las fuerzas de los intelectuales, de la cultura.

Sólo puede ser ésta, en mi opinión, la forma de proceder del partido más representativo de la clase obrera, es decir, de la formación política que tiende continuamente a realizar una síntesis entre espontaneidad y reflexión, entre inmediatez y perspectiva, y, por lo tanto, también entre clase obrera e intelectuales, entre la fuerza social que es hoy el principal motor de la historia y las capas portadoras de pensamiento, que expresa las acumulación y el desarrollo de la cultura y de la civilización.

Esta convención constituye un primer resultado positivo del esfuerzo que estamos realizando, y que tendrá que continuar intensificándose, entre los intelectuales y en el mundo de la cultura, tanto a través de la desagregación de nuestro trabajo de la que hablaba el camarada Asor Rosa y que se ha de llevar a cabo por materias, por grandes sectores, como a través de las iniciativas de las que hablaba el camarada Tortorella (especialmente de la iniciativa que ha propuesto y a la que tendremos que prestar gran atención, en el sentido de promover en las instituciones cultura-

les conferencias con un carácter análogo, salvadas las lógicas diferencias, al de las conferencias de producción que hemos impulsado y tendremos que impulsar en las fábricas), o bien por medio de otras iniciativas que susciten la aportación de los obreros, los campesinos, los técnicos, los dirigentes de fábrica, las masas juveniles y sus organizaciones, las mujeres y sus asociaciones.

Dar un sentido y una finalidad a la política de austeridad: pero ¿qué austeridad?

¿Cuál es el origen de la necesidad de ponernos a pensar y a trabajar sobre un proyecto de transformación de la sociedad que indique objetivos y metas a perseguir y alcanzar en los próximos tres o cuatro años, pero que se traduzcan en hechos, disposiciones y medidas inmediatas que señalen su puesta en marcha?

Esta necesidad nace de la consciencia de que hay que darle un sentido y una finalidad a la política de austeridad que es una opción obligada y duradera y, al mismo tiempo, una condición de salvación para los pueblos de Occidente, en general, y especialmente para el pueblo italiano.

La austeridad no es hoy un mero instrumento de política económica al que hay que

recurrir para superar una dificultad temporal, coyuntural, para permitir la recuperación y la restauración de los viejos mecanismos económicos y sociales. Así conciben y presentan la austeridad los grupos dominantes y las fuerzas políticas conservadoras. Para nosotros, por el contrario, la austeridad es el medio de impugnar por la raíz y sentar las bases para la superación de un sistema que ha entrado en una crisis estructural y de fondo, no coyuntural, y cuyas características distintivas son el derroche y el desaprovechamiento, la exaltación de los particularismos y de los individualismos más exacerbados, del consumismo más desenfrenado. Austeridad significa rigor, eficiencia, seriedad y también justicia, es decir, lo contrario de todo lo que hemos conocido y pagado hasta ahora y que nos ha conducido a la gravísima crisis cuyos daños hace años que se acumulan y se manifiestan hoy en Italia en todo su dramático alcance.

Es, pues, en base a este enfoque como el movimiento obrero puede enarbolar la bandera de la austeridad.

Austeridad es para los comunistas lucha efectiva contra la situación existente, contra la evolución espontánea de las cosas, y, al mismo tiempo, premisa, condición material para realizar el cambio. Concebida de esta manera, la austeridad se convierte en un arma de

lucha moderna y actualizada tanto contra los defensores de orden económico y social existente como contra los que la consideran como la única situación posible de una sociedad destinada orgánicamente a permanecer atrasada, subdesarrollada y, además, cada vez más desequilibrada, cada vez más cargada de injusticias, de contradicciones, de desigualdades.

Lejos de ser, pues, una concesión a los intereses de los grupos dominantes o a las necesidades de supervivencia del capitalismo, la austeridad puede ser una opción con un avanzado y concreto contenido de clase, puede y debe ser una de las formas en que el movimiento obrero se erige en portador de una organización diferente de la vida social, a través de la cual lucha por afirmar, en las condiciones actuales, sus antiguos y siempre válidos ideales de liberación. En efecto, creo que en las condiciones actuales es inimaginable luchar realmente y con eficacia por una sociedad superior sin partir de la necesidad imprescindible de la austeridad.

Pero la austeridad, según sus contenidos y las fuerzas que la encauzan, puede utilizarse como instrumento de depresión económica, de represión política y de perpetuación de las injusticias sociales o como ocasión para un desarrollo económico y social nuevo, para un riguroso saneamiento del Estado, para una profunda transformación de la organización so-

cial, para la defensa y expansión de la democracia: en un palabra, como medio de justicia y de liberación del hombre y de todas sus energías, hoy postradas, dispersas, desperdiciadas.

Las consecuencias en los países capitalistas del avance del movimiento de liberación de los pueblos del Tercer Mundo.

En otras ocasiones, incluso recientemente, hemos recordado las profundas razones históricas, ciertamente no sólo italianas, que hacen necesaria, y no coyunturalmente, una política de austeridad. Existen varias razones, pero hay que recordar que el acontecimiento más importante, cuyos efectos no son ya reversibles, ha sido y seguirá siendo la irrupción en el escenario mundial de países y pueblos antes coloniales que van liberándose de la dependencia y el subdesarrollo a los que les condenaba la dominación imperialista. Se trata de dos terceras partes de la humanidad que no toleran ya vivir en condiciones de hambre, de miseria, de marginación, de inferioridad frente a los pueblos y países que han dominado hasta ahora la vida mundial.

Este movimiento es extremadamente multiforme y complejo. Son enormes las diferencias económicas, sociales, culturales y políticas

que existen tanto en el interior de lo que suele llamarse Tercer Mundo como en sus relaciones exteriores. En especial, en los últimos tiempos se ha ido concretando una tendencia hacia alianzas entre los grupos dominantes de los países capitalistas más desarrollados y los de determinados países en vías de desarrollo, alianzas que perjudican a otros países más pobres y débiles y a todos los movimientos populares y progresistas. No han sido ni son sólo los Kissinger, sino también los Yamani (habréis leído sus recientes declaraciones) los que han seguido y siguen una política de hostilidad contra los Estados y las fuerzas políticas que luchan por la renovación de su propio país, incluidas las fuerzas avanzadas del movimiento obrero occidental.

Hemos de saber captar estas diferencias en el seno del Tercer Mundo y tenerlas en cuenta, pero no hemos de perder de vista el significado general del grandioso movimiento que protagonizan aquellos pueblos, un movimiento que cambia el rumbo de la historia mundial, que va rompiendo todos los equilibrios existidos y existentes, y no sólo los relativos a las relaciones de fuerza a escala mundial, sino también los equilibrios internos de cada uno de los países capitalistas. Es este movimiento fundamentalmente el que, con su acción profunda, hace estallar las contradicciones de toda una fase de desarrollo capitalis-

ta postbélico y produce en determinados países condiciones de crisis de gravedad sin precedentes. Si bien puede ocurrir, como podemos comprobar, que en el interior del mundo capitalista algunas economías más fuertes pueden sacar provecho de la crisis y consolidar su posición de dominio, para otros países económicamente más débiles, como Italia, la crisis se ha convertido ya en una caída más o menos lenta hacia el precipicio.

Sobre el telón de fondo de esta agudización de los conflictos entre países y grupos capitalistas, mal encubierta por frágiles solidaridades, destacan con nitidez cada vez mayor procesos de disgregación y decadencia que, al tiempo que vuelven cada vez menos soportables las condiciones de existencia de grandes masas populares, amenazan no sólo las bases de la economía, sino incluso las de nuestra propia civilización y de su desarrollo.

No es necesario describir los mil signos en los que se manifiesta esta tendencia que hiere y degrada tan profundamente también la vida de la cultura. Lo que ha de quedar claro para todo el que quiera entender las razones y los objetivos de nuestra política, tanto en el interior de nuestro país sino en las relaciones con las fuerzas progresistas de otros países, es que se puede resumir en un esfuerzo de movilización y de investigación para detener esta tendencia e invertirla.

Dos premisas fundamentales para poner en marcha "una transformación revolucionaria de la sociedad".

En mi opinión estamos viviendo uno de esos momentos en los que, como afirma el *Manifiesto dei comunisti*, en algunos países, como el nuestro, si no se pone en marcha «una transformación revolucionaria de la sociedad» se puede caer «en el hundimiento común de las clases antagonistas», es decir, en la decadencia de una civilización, en la ruina de un país.

Pero sólo se puede poner en marcha una transformación revolucionaria en las condiciones actuales si se saben afrontar los problemas nuevos planteados en Occidente por el movimiento de liberación de los pueblos del Tercer Mundo, y esto, en nuestra opinión, en la opinión de los comunistas, tiene para Occidente y sobre todo para nuestro país dos implicaciones fundamentales: abrirse a una plena comprensión de las razones de desarrollo y de justicia de estos países y establecer con ellos una política de cooperación sobre bases de igualdad; abandonar la ilusión de que es posible perpetuar un tipo de desarrollo, basado en la artificial expansión del consumo individual, que es fuente de derroche, de parasitismo, de privilegios, de dilapidación de los recursos y de desequilibrio financiero.

Por eso la política de austeridad, de severidad, de guerra al derroche, se ha convertido en una necesidad ineludible para todos y, al mismo tiempo, en la tecla a pulsar para hacer avanzar la lucha por la transformación de la sociedad en sus estructuras y en sus ideas básicas.

Una política de austeridad no es una política de nivelación tendencial hacia la indigencia ni ha proponerse como objetivos la mera supervivencia de un sistema económico y social que ha entrado en crisis. Por el contrario, ha de tener como finalidad —y por eso puede y debe ser asumida por el movimiento obrero— el instaurar la justicia, la eficacia, el orden y una moralidad nueva.

Concebida así, una política de austeridad, aunque implique (necesariamente, por su propia naturaleza) determinadas renunciaciones y determinados sacrificios, adquiere al propio tiempo un significado renovador y se convierte en un acto de libertad para grandes masas sometidas a viejas subordinaciones y a intolerables marginaciones, crea nuevas solidaridades y, al ir acaparando un consenso creciente, se convierte en un amplio movimiento democrático al servicio de una tarea de transformación social.

Precisamente porque es ésta nuestra perspectiva, creo que hay que reconocer que hasta ahora la política de austeridad no se le ha

presentado al país, y mucho menos se ha aplicado en la práctica, dentro de este espíritu de consciencia y confianza y no de resignación. Y si bien podemos admitir —mejor dicho, tenemos que admitir— que ha habido insuficiencias y oscilaciones del movimiento obrero y de nuestro partido, las deficiencias principales hay que imputárselas a las fuerzas que gobiernan el país.

No pretendo examinar aquí las diversas medidas de política económica que el gobierno ha aplicado o está preparando, ni recordar nuestra actitud hacia las mismas. Son conocidas las posiciones, unas veces favorables y otras críticas, adoptadas por nuestro partido frente a los diversos aspectos de la política económica del gobierno. Por otra parte, como sabéis, en esta misma sala competentes camaradas —en una positiva discusión con representantes de otros partidos e ilustres economistas y en presencia también de representantes del gobierno —trataron el tema del marco económico global y de las intervenciones que han de realizar el gobierno y los partidos.

Falta de vigor y de valentía y estrechez de perspectivas en la política de austeridad del gobierno.

Quiero, en cambio, insistir en una crítica de carácter general que los comunistas

continuamos formulando contra la actuación del gobierno. En efecto, la política de austeridad sigue estando viciada por la falta de vigor, de valentía y de perspectivas. Por ejemplo: todavía no se ha sabido suscitar el necesario movimiento de oposición de masas contra los derroches. Contra los derroches en sentido directo, que son todavía enormes (piénsese en la energía o en la organización sanitaria) y contra los derroches en sentido indirecto y amplio, como los que derivan del laxismo en las empresas, en el sistema educativo y en la administración pública, o los que han denunciado aquí con especial severidad los profesores Carapezza, Nebbia, Maldonado y otros, que derivan de imprevisiones cuyo peso notamos ya en la actualidad y de enormes errores cometidos en la política del suelo, del territorio y del medio ambiente o de la negligencia en el campo de la investigación. Es necesaria una acción amplísima contra el derroche y por el ahorro en todos los terrenos, y esta acción requeriría el estímulo, la dirección y la iniciativa continua de un gobierno que supiera ganarse el crédito político y moral que es indispensable en la actualidad.

No es causal, por supuesto, tanta deficiencia, pues una acción de este calibre no se organiza sólo por medio de la propaganda, que tampoco está a la altura de las necesidades, sino que requiere que se detecten y ataquen in-

tereses creados muy concretos, buena parte de los cuales constituyen la base en que se apoya el sistema de poder de la Democracia Cristiana.

Pero lo que resulta más evidente, y tiene efectos muy negativos, es la estrechez de perspectivas que caracteriza la política de austeridad propugnada y aplicada hasta ahora por el gobierno. Aquí reside la principal diferencia que nos separa de los representantes del gobierno y de los grupos económicos dominantes. En éstos se percibe, en el fondo, un estado de ánimo de rendición, es decir, lo contrario de lo que se necesitaría para que el pueblo asumiera con convencimiento determinados sacrificios imprescindibles. El país necesitaría, para realizar el esfuerzo adecuado, tener unas perspectivas claras, o por lo menos algunos elementos fundamentales de una perspectiva nueva. En cambio, los representantes de las viejas clases dominantes y muchos hombres del gobierno, en el mejor de los casos se limitan al objetivo de colocar a Italia en los mismos riles por los que discurría el desarrollo económico antes de la crisis, como si *aquellas* vías y *aquellos* modelos de desarrollo pudieran representar todavía un ideal de sociedad deseable, como si la crisis de estos últimos años y de la actualidad no fuera exactamente la crisis de *aquel* modelo de sociedad (crisis que no sólo se manifiesta en Ita-

lia, sino también, aunque en formas diferentes, en otras naciones europeas).

Para nosotros resulta muy clara la razón de esta falta de vigor, de valentía y de perspectiva en la política de austeridad de la que he hablado. En estas deficiencias vemos la evidencia de un proceso histórico caracterizado por la decadencia irremediable de la función dirigente de la burguesía y la confirmación de que esta función dirigente comienza ya a desplazarse hacia el movimiento obrero y las fuerzas populares unidas: naturalmente, a una clase obrera y unas masas populares que demuestren la madurez necesaria para convertirse en la fuerza que dirige democráticamente a toda la sociedad hacia la salvación y el renacimiento. Esto requiere que en las propias filas del movimiento obrero y en sus organizaciones económicas y políticas se aplique con más aplitud y responsabilidad un espíritu autocrítico que conduzca a la superación de las actitudes negativas y distorsionantes, de subordinación o de extremismo, que tienen todavía un peso notable y que dificultan en lo concreto la solución positiva de problemas de inmediata actualidad, como el saneamiento económico, productivo y financiero de la sociedad y del Estado.

No podemos esperar a la participación en el gobierno para presentar un proyecto de renovación, hay que actuar inmediatamente.

Para comprometernos en un proyecto de renovación de la sociedad y para lanzar la propuesta de que se empiece a trabajar en su definición, no podíamos esperar a que maduraran en los partidos las condiciones para nuestra entrada en el gobierno. Esta constituye una necesidad más urgente que nunca, pero mientras tanto tenemos el deber de tomar inmediatamente las iniciativas oportunas, que responden a necesidades de lucha no aplazables del movimiento obrero y a no prorrogables intereses generales del país, en el propio marco político actual, que, a pesar de todas las insuficiencias, refleja los profundos efectos positivos del avance popular y comunista de estos años, especialmente el del 20 de junio.

La propuesta del proyecto nace también de una necesidad interna del movimiento obrero: la de evitar que no se comprendan bien las razones objetivas, la exigencia de una política de austeridad o que se caiga en el riesgo de acomodarse a la cotidianeidad, de acostumbrarse a la rutina del vivir al día. Ante todo, sin embargo, tiene su origen en una exigencia general de toda la nación, que necesita un horizonte diferente y puntos de referencia concretos.

La fase actual de nuestra vida nacional está, sin duda, cargada de riesgos, pero nos ofrece a todos la gran ocasión para una tarea renovadora. No podemos dejar pasar esta ocasión: es quizás la más importante —dicho sea sin sombra de retórica— que se les ha presentado al pueblo italiano y a sus fuerzas políticas más responsables desde el nacimiento de nuestra república democrática.

Aquí reside una peculiaridad italiana, de este país nuestro, desequilibrado y desordenado pero vivo, cargado de energías, fuente de un gran espíritu democrático, de esta Italia nuestra que es tal vez la nación en la que la crisis ha adquirido mayor gravedad que en otras zonas del mundo capitalista (y no sólo en su aspecto económico, sino también en el político, de amenaza a las instituciones democráticas), pero también en la que mayores son las posibilidades de trabajar dentro de la propia crisis, para convertirla en ocasión de un cambio general de la sociedad.

Nuestra iniciativa no es, pues, un acto de propaganda o de exhibición de nuestro partido. Quiere ser un acto de confianza; pretende ser, una vez más, un acto de unidad, es decir, una aportación que estimula la de otros partidos para iniciar un trabajo y un compromiso comunes, capaces de conseguir una convergencia de todas las fuerzas democráticas y populares. Por su carácter y su intencionali-

dad unitarios, nuestro proyecto no pretende ser, y creo que no debe ser, un programa de transición a una sociedad socialista: de forma más modesta y concreta, ha de proponerse esbozar un desarrollo de la economía y de la sociedad cuyas características y formas nuevas de funcionamiento pueden atraer también la adhesión y el consentimiento de los italianos que, aunque no profesen ideas comunistas o socialistas, advierten claramente la necesidad de liberarse a sí mismos y liberar a la nación de las injusticias, aberraciones, absurdidades y desgarramientos a los que conduce la actual organización social.

Y el que siente esta preocupación y esta aspiración sincera no puede dejar de reconocer que, para salir con seguridad de las arenas movedizas en las que corre el riesgo de hundirse la sociedad actual, es indispensable introducir en ella algunos elementos, valores y criterios del ideal socialista.

Cuando planteamos el objetivo de una programación del desarrollo que tenga como finalidad la elevación del hombre en su esencia humana y social y no como mero individuo contrapuesto a sus semejantes, cuando planteamos el objetivo de la superación de los modelos de consumo y de comportamiento inspirados en un individualismo exasperado, cuando planteamos el objetivo de llegar más allá de la satisfacción de necesidades materiales artifi-

cialmente creadas y también más allá de la satisfacción, en las actuales formas irracionales, costosas, alienantes y socialmente discriminatorias, de necesidades que sí son esenciales, cuando planteamos el objetivo de la plena igualdad y la liberación efectiva de la mujer, que es hoy uno de los temas más importantes de la vida nacional, y no sólo de ésta, cuando planteamos el objetivo de una participación de los trabajadores y de los ciudadanos en el control de las empresas, de la economía, del Estado, cuando planteamos el objetivo de una solidaridad y una cooperación, que conduzcan a una redistribución de la riqueza a escala mundial, cuando planteamos este tipo de objetivos, ¿qué estamos haciendo sino proponer formas de vida y de relación entre los hombres y los Estados más solidarias, más sociales, más humanas, que desbordan, por consiguiente, el marco y la lógica del capitalismo?

Salir de la lógica del capitalismo no es sólo una necesidad de la clase obrera o de los comunistas.

Estos criterios, estos valores, estos objetivos, propios indudablemente del socialismo, reflejan una aspiración que ya no está limitada a la clase obrera y a los partidos obreros, a comunistas y socialistas, sino que la expresan también ciudadanos, capas del pueblo y tra-

bajadores de otras formaciones ideológicas, de otras orientaciones políticas, especialmente de formación e inspiración cristiana; constituyen una exigencia que se puede ya formular, y se formula en medida creciente, desde áreas sociales mucho más amplias que la clase obrera.

La razón principal por la que consideramos a la crisis como una ocasión reside en el hecho de que los objetivos de transformación y renovación que he mencionado no sólo son compatibles con una política de austeridad, sino que deben y pueden incluirse orgánicamente en el marco de ésta, que es la premisa indispensable para superar la crisis, pero avanzando, no retrocediendo hacia el pasado. En efecto, me parece evidente que tales objetivos contribuyen a configurar una organización social y una política económica y financiera orgánicamente dirigidas contra el despilfarro, los privilegios, los parasitismos, la dilapidación de recursos; realizan lo que debería constituir la esencia de lo que por naturaleza y por definición es una verdadera política de austeridad. Es más, se podría observar que, de la misma manera que en las sociedades en decadencia van con frecuencia aparejadas e imperan las injusticias y el despilfarro, en las sociedades ascendentes se establece una vinculación entre justicia y frugalidad.

Naturalmente, esta convicción no nos conduce a olvidar, sino a afrontar concretamente los problemas inmediatos, las opciones a reavivar, las prioridades a imponer en todos los campos de la política económica, financiera, fiscal o educativa, con el fin de prevenir los riesgos de desequilibrios imprevistos o de bruscos retrocesos y de asegurar el avance, paso a paso, hacia metas de eficiencia y de justicia, de productividad y de civismo. La búsqueda de las relaciones que han de vincular las medidas inmediatas a la puesta en marcha de esta línea de renovación será, sin duda, una de las tareas de más envergadura que tendremos que afrontar, junto con todos aquellos que deseen participar en la elaboración de un proyecto acorde con las características y necesidades que hemos tratado de esbozar en sus grandes rasgos.

Nuestro propósito es llegar en pocos meses a la elaboración de un texto que constituya una primera base de discusión y debate, pero también estimular, antes y después de la publicación del texto, un amplio y continuo compromiso de iniciativa y de lucha. Precisamente porque somos conscientes de todas las dificultades de esta tarea, pero también de su necesidad y de su poder catalizador, nos hemos dirigido a vosotros, nos dirigimos a todas las fuerzas intelectuales para que sean protagonistas —como ha dicho Tortorella en su

acertada y eficaz exposición del tema— de propuestas e iniciativas encaminadas a revitalizar, a renovar las instituciones culturales (comenzando por la escuela, la universidad y los centros de investigación) y, al mismo tiempo, participen en la elaboración de las opciones globales, y no meramente sectoriales, que han de constituir la base del proyecto.

Un llamamiento tan directo y explícito a la cultura italiana tiene hoy una razón de ser muy concreta: en efecto, como todos sabemos, las fuerzas intelectuales tienen hoy en Italia, como en casi todos los países capitalistas más desarrollados, un peso social muy superior al del pasado, y están orientadas en gran medida en nuestro país en un sentido democrático y de izquierda; sin embargo, al lado de este dato positivo (Giulio Einaudi ha destacado acertadamente esta contradicción) se ha de señalar un elemento negativo, la condición de crisis, de decadencia, de prostración, en que han caído nuestras instituciones culturales después de treinta años de poder demócrata-cristiano y de desarrollo social distorsionado y desequilibrado. Y es evidente que ningún movimiento de salvación y renovación general del país puede avanzar sin superar esta crisis, sin resolver esta contradicción, sin un aumento del saber y del amor al saber, sin una renovación de los instrumentos del saber para que la producción de cultura y,

por consiguiente, las instituciones culturales, participen también en el saneamiento y en la renovación de toda la sociedad.

Los comunistas italianos por la función autónoma y libre de la cultura: a nadie pedimos obediencias.

La forma en que planteamos hoy la función de la cultura en la transformación del país corresponde a una tradición, a una característica del Partido Comunista Italiano, como partido de la clase obrera, como partido democrático y nacional, como gran organismo que también es productor de cultura. Hemos luchado siempre y seguimos luchando por el progreso y la expansión de la vida cultural, pero en nuestra actividad hemos de evitar siempre las intervenciones que pueden minar, siquiera en media mínima, la autonomía de la investigación teórica, de las actividades culturales, de la creación artística, pues éstas no tienen como condición vital de desarrollo la obediencia a un partido, a un Estado o a una ideología, sino la posibilidad de desplegarse en la libertad y el espíritu crítico más absolutos.

Este planteamiento, que forma parte de la visión más general que tenemos en las relaciones entre democracia y socialismo, se di-

ferencia de la de algunos partidos que están en el poder en los países socialistas; actitudes y comportamientos de poder político como los que conocemos (por ejemplo en Checoslovaquia, donde se ha llegado a acciones de tipo represivo) son para nosotros inaceptables por principio. Interpretando esta posición general del partido algunos camaradas intelectuales han tomado la iniciativa de una declaración pública que consideramos acertada y oportuna.

Forma parte irrenunciable de nuestro patriotismo una concepción que indica como tarea del Partido Comunista, de los demás partidos democráticos y de los poderes públicos, si están orientados también en un sentido democrático, la creación, por una parte, del clima político y moral, y, por la otra, de las condiciones materiales prácticas, organizativas, que han de permitir el desarrollo libre y positivo de la investigación, de la iniciativa y del debate cultural.

Pero ni los partidos ni el Estado han de exigir obediencias, imponer concepciones del mundo ni limitar en modo alguno las libertades intelectuales.

Y yo, queridos camaradas y amigos, deseo concluir mi intervención —no sin antes daros las gracias a todos, y especialmente al compañero Argan, que ha venido en representación de la ciudad de Roma y de la nueva

administración popular romana— con la serena confirmación de nuestro planteamiento, del que no hemos de alejarnos nunca.

II. CONCLUSIONES A LA ASAMBLEA DE LOS OBREROS COMUNISTAS LOMBARDOS

Milán, Teatro Lírico, 30 de enero de 1977

En el nombre de la dirección del partido y en el mío propio, os saludo a todos, representantes de las organizaciones comunistas en las fábricas y demás lugares de trabajo de Milán y de toda Lombardía, reunidos en esta asamblea para hacer un balance de las numerosas luchas que habéis protagonizado y para afrontar con mayor seguridad y resolución las tareas arduas y difíciles que la situación italiana impone a todos, pero especialmente a la clase obrera.

Vuestra asamblea se celebra en un momento político y económico muy delicado. La semana pasada se caracterizó por una serie de hechos que han puesto en evidencia un estado de mayor tensión y de confusión entre los partidos y en su interior (especialmente en

la Democracia Cristiana) y han repercutido en la actividad del gobierno. Se han agudizado las divergencias entre las fuerzas políticas sobre las opciones de política económica que hay que tomar frente a una crisis que no presenta ningún síntoma de superación segura y verdadera. Simultáneamente, y de aquí los elementos de confusión de los que hablaba, se han ido definiendo nuevas y complicadas maniobras políticas, encaminadas casi todas, procedan de donde procedan, a hacer retroceder, y posiblemente romper, la configuración de relaciones políticas definida por las elecciones del 20 de junio y el experimento de gobierno que surgió de aquellas votaciones.

La abstención del PCI sobre el gobierno Andreotti y la novedad política que está reclamando un gobierno de unidad democrática y popular.

Como sabéis, los comunistas valoramos desde un comienzo la actual solución gubernamental como inadecuada, tanto en relación con la voluntad política del país, expresada en los resultados del 20 de junio, como, sobre todo, en relación con la gravedad de la situación general del país.

Nuestra abstención tenía y tiene el significado de una posición que evidenciaba, y que

sigue evidenciando, la novedad política constituida por la imposibilidad de formar un gobierno con la oposición del Partido Comunista, y, al mismo tiempo, instaba, y sigue instando, a desarrollar dicha novedad en el sentido de un gobierno de unidad popular y democrático. Y novedades ha habido y hay, continúan produciéndose: basta con recordar, por limitarnos a algunos acontecimientos de la semana pasada, que en la Cámara de Diputados se elaboró y votó por todos los grupos parlamentarios democráticos una moción que compromete al gobierno a una lucha enérgica contra la criminalidad, la destrucción y el terrorismo; y ayer precisamente, con el voto de la Comisión de Investigación, se decidió la comparecencia de dos ministros ante el parlamento, que decidirá si han de ser juzgados por el Tribunal Constitucional: ésta es otra de las novedades de la actual situación política.

No obstante, precisamente la experiencia de estos meses, desde el 20 de junio hasta hoy, confirma más que nunca que un *gobierno de solidaridad democrática* es la solución que necesita hoy el país y que necesitan ante todo los trabajadores.

Hoy es preciso que PCI y PSI refuercen su colaboración para evitar una exhumación del centro-izquierda.

Es evidente que para llegar pronto y de la manera más adecuada a esta solución es preciso que el Partido Comunista y el Partido Socialista refuercen su colaboración y no se desvíen del objetivo convergente que ambos se han propuesto, partiendo cada uno de su propio análisis autónomo. Sería un error muy grave darle a la Democracia Cristiana motivos para pensar que todavía existen posibilidades de vuelta a fórmulas de gobierno que se basan en la división entre socialistas y comunistas, es decir, de una exhumación, más o menos enmascarada, de los viejos gobiernos de centro-izquierda.

Hace tres días, el secretario del PSI, compañero Craxi, insistió por televisión en que la fase de centro-izquierda ha agotado sus posibilidades (nosotros afirmamos que, *también ha fracasado*, pero la polémica estos momentos tiene poca importancia: lo fundamental es que ambos partidos estén de acuerdo en que ha agotado sus posibilidades). Conviene insistir en esta comprobación, pues no todos se han resignado a levantar acta de ella y sacar hasta las últimas consecuencias. En efecto, hay que continuar preparando, sin oscilaciones, la verdadera solución que reclama la si-

tuación de crisis del país: un gobierno, como decíamos, de solidaridad democrática.

Entre las numerosas tareas que impone la lucha por la consecución de este objetivo, la principal es hoy la de neutralizar a tiempo las maniobras encaminadas a anular las novedades y las posibilidades contenidas en el papel que ya desempeña en la actualidad el partido comunista en la vida política italiana.

La ligereza infantil de los que maniobran para romper la actual configuración política.

¿Cómo razona esta gente? ¿Han calibrado bien lo que significaría en la Italia de hoy la vuelta a la oposición del partido comunista, es decir, del partido que ha obtenido más del 34% de los sufragios electorales y que representa a la mayor parte de la clase obrera de nuestro país? ¿Piensan acaso estos representantes democristianos, o de otros partidos, causarnos dificultades, darnos miedo? Que no piensen que los comunistas le tenemos a esa posibilidad. Nosotros mismos la previmos precisamente en el momento en que decidíamos abstenernos en el voto de confianza a este gobierno, y aún hoy la tenemos presente al seguir y valorar la acción general del gobierno. Lo más preocupante, sin embargo, lo que denunciamos, es la ligereza infantil de los que

actúan conscientemente para alcanzar este objetivo, sin preocuparse por las consecuencias que un acontecimiento así podría tener, y no para nosotros, desde luego, sino para la condición de las grandes masas populares y trabajadoras, para la vida económica, productiva y social del país e incluso para el mantenimiento de una posición de equilibrio y de dignidad de Italia en las relaciones internacionales.

Desgraciadamente, no faltan personas irresponsables que persiguen tenazmente este objetivo: es, pues, esencial que queden aisladas, que en todos los demócratas auténticos prevalezcan la sensatez y el realismo, que aconsejan trabajar sin fanatismos ni abstractos prejuicios para darle al país la dirección política que, si ha de ser plenamente fiable y democrática, no puede prescindir de la aportación del partido comunista; de cualquier modo, la sensatez y el realismo aconsejan aprovechar mientras tanto, incluso en el actual marco político, todas las ocasiones posibles de reunión y entendimiento entre los partidos populares y democráticos para resolver los problemas más urgentes.

Los acontecimientos de la última semana han constituido una nueva demostración de lo difícil que resulta dar con una solución adecuada y factible a tales problemas, los que se presentan cotidianamente en el esfuerzo por

superar la crisis económica. Podemos decir que, aunque con un grave retraso, cuyo coste ha pagado el país, se está trabajando realmente en la búsqueda de medidas capaces de dominar la inflación. Se trata de una tarea en la que el gobierno y todos los partidos democráticos han de continuar hasta el fondo, pues la inflación es hoy el problema más grave que nos amenaza, un problema que, de no abordarse con decisión, podría escapar a toda posibilidad de control.

El retraso, repito, ha sido grave. Durante muchos años, los partidos que estaban en el gobierno han subestimado el peligro de la inflación, permitiendo o incluso potenciando la acumulación de condiciones para un proceso inflacionario salvaje y ocultando la creciente gravedad de la situación de la hacienda pública. Los gobernantes han recurrido a todo tipo de artificios e incluso a verdaderas mentiras: el honorable Emilio Colombo se había convertido en un verdadero especialista en este terreno. Pero hoy nadie puede negar la importancia decisiva y la dramática urgencia de la lucha contra la inflación: el éxito de esta lucha se ha convertido en condición de supervivencia para las masas populares, de consolidación de nuestras instituciones democráticas, de defensa de nuestra independencia.

No es cierto que la única causa de la inflación sea el coste del trabajo.

Sin embargo, cuando se discute sobre la inflación —en la prensa, entre expertos, entre las fuerzas políticas— surgen con mucha frecuencia auténticas mixtificaciones, que se han vuelto insistentes especialmente en los últimos tiempos, sobre todo, la que señala en la evolución del coste del trabajo la principal, o incluso, según algunos, la única causa de la inflación, o, por lo menos, la única sobre la que se puede actuar de forma efectiva. La realidad, como bien han dicho aquí muchos camaradas, es muy distinta.

Si se quiere llevar a cabo un análisis serio y una valoración honesta de las causas de la situación actual y de las soluciones a adoptar, no se pueden olvidar los espantosos despilfarros y distorsiones que se han producido de forma continuada en el curso del caótico desarrollo de los años cincuenta y sesenta, y especialmente la provocada por la política clientelista y electoralista de los gobiernos dirigidos por la Democracia Cristiana. Y tampoco se puede ignorar el estado de monstruoso desorden y desequilibrio de la hacienda pública y del sector público: los mecanismos de dilatación creciente, incontrolada y con frecuencia improductiva del gasto público son, como acertadamente señala desde hace tiem-

po también el partido republicano, uno de los factores fundamentales de inflación sobre los que es necesario y posible intervenir. Hay que recordar asimismo la incidencia sobre el déficit de la balanza de pagos y, por consiguiente, sobre el tipo de cambio y sobre la tasa de inflación, de las condiciones de atraso de nuestro campo, el abandono de extensísimas zonas y de sectores vitales de la agricultura italiana.

El aumento de los costes de las empresas, del coste global de producción, no depende, pues, exclusivamente del nivel de las remuneraciones del trabajo, sino también del coste del dinero, del coste de los transportes, del mal funcionamiento de los servicios públicos, de la congestión de las zonas de mayor desarrollo industrial y urbanístico. Nosotros afirmamos, en definitiva, que también ha de estudiarse y afrontarse el problema de la dinámica del coste del trabajo comparándola a la de los demás países europeos, pero ha de hacerse en un marco de valoraciones más amplio y más acorde con la realidad. Hay que tener en cuenta, en concreto, el hecho de que la evolución del coste del trabajo por unidad de producto varía según el grado de utilización de las instalaciones, la evolución de la producción y la productividad.

Pues bien, los sindicatos obreros han demostrado ser muy conscientes de estos proble-

mas en el planteamiento y desarrollo de la negociación con la Confindustria, que se ha concluido con un importante acuerdo que constituye hoy el centro de animadas discusiones y también de polémicas.

Como han señalado ya el camarada Corbani en su informe y el camarada Lama en su intervención, nuestra valoración de dicho acuerdo interconfederal es plenamente positiva. Consideramos infundadas e inaceptables todas las valoraciones que tienden a minimizar su significado y su alcance. ¿En qué otro país, les preguntamos a los detractores de este acuerdo, han dado los sindicatos una prueba de madurez y responsabilidad comparable a la que han dado en Italia? ¿Dónde han querido y sabido los sindicatos aceptar sacrificios para los trabajadores con empleo en función de medidas más eficaces de saneamiento y de redistribución, en función de una lucha más decidida contra la inflación y por la reducción del desempleo? ¿No ha sabido acaso la Federación Sindical Unitaria convertirse con esta actitud —al margen de toda mezquindad o miopía corporativa— en portavoz de los intereses de las más amplias masas populares, de los parados, de las poblaciones de Mezzogiorno, de las mujeres, de los jóvenes que buscan trabajo?

Rechazar los ataques demagógicos a la estrategia positiva de la Federación Sindical Unitaria.

La opción que, con plena autonomía, ha tomado la Federación Sindical Unitaria, cuya estrategia se centra hoy en los objetivos prioritarios de la lucha contra la inflación, del desarrollo de las inversiones productivas, del consumo colectivo y del empleo, más que en el aumento monetario de las retribuciones, constituye un hecho de extraordinaria importancia democrática y nacional. Al impulsar esta estrategia —de la que el reciente acuerdo con la Confindustria es también una plasmación— los sindicatos obreros de nuestros país han demostrado ser como se ha dicho aquí, un ejemplo de serenidad, de dignidad, una gran fuerza de renovación, y han reforzado el peso que ya habían adquirido en la vida nacional, un peso en cuya defensa y potenciación está cada vez más comprometido nuestro partido. Es, pues, esencial que los trabajadores comunistas, y en primer lugar los comunistas que militan y ocupan cargos de responsabilidad en el sindicato, defiendan con convicción y combatividad la estrategia, la línea general de la federación unitaria, luchen porque se aplique en la práctica con la mayor coherencia posible y contribuya a un reforzamiento, sobre

esta base, de la autonomía y de la unidad del movimiento sindical.

No hay que vacilar en rechazar los ataques demagógicos y pseudorrevolucionarios de los que es objeto la línea de la federación sindical. Estos ataques encubren posiciones corporativas y subalternas, son estas posiciones —y no la línea reafirmada con tanta fuerza desde esta tribuna por nuestro compañero Luciano Lama— las que conducen a un desgaste del partido del movimiento obrero italiano y amenazan con conducirlo a la división, al aislamiento, a la derrota. La línea que defendemos es la única que puede garantizar la consolidación de las grandes conquistas de estos años, la afirmación plena del papel dirigente de la clase obrera, la salvación y la renovación de Italia.

Quiero añadir que los comunistas aprobamos también la forma en que la federación sindical unitaria ha defendido el mecanismo de la escala móvil. Ha sido un acierto defender de ataques indiscriminados y de propuestas inaceptables esta gran conquista social, este mecanismo encaminado a proteger de la inflación los salarios y los ingresos más bajos, que bastan a duras penas para satisfacer las necesidades vitales de los trabajadores y sus familias. Por eso no podían aceptarse, y nuestro partido las rechazó enérgicamente, las propuestas aireadas hace días por la Democracia

Cristiana y el gobierno, que pretendían alcanzar también a los salarios situados entre los cuatro y los seis millones brutos anuales o incluso a todos los salarios a través de la imposición de un tope a los aumentos de escala móvil. Se consideró, en cambio, conveniente, tal como se hizo hace unos meses con el decreto aprobado luego por el parlamento, pedirles a los trabajadores con salarios medios y altos un sacrificio, un préstamo forzoso sobre los aumentos de escala móvil, y se juzgó necesario asimismo, por razones equitativas, además de las motivaciones económicas generales, eliminar las escalas móviles denominadas «anómalas».

Esto no significa que no queden planteados otros problemas, es decir, que no sean necesarios y posibles, más allá del acuerdo entre sindicatos y Confindustria, nuevas intervenciones del gobierno y del parlamento para combatir la inflación y para elevar la competitividad de las empresas, pero hay que meditar cuidadosamente en qué han de consistir estas intervenciones y, sobre todo, cuál ha de ser su signo social.

En torno a estas cuestiones se está desarrollando hoy una intensa lucha de clases y política, así como una maniobra sediciosa por parte de ciertos sectores de la Democracia Cristiana, que en vano se trata de ocultar tras análisis aparentemente objetivos.

Detener la inflación, evitar la recesión: no prosperará el intento de pasarles la factura sólo a los obreros y trabajadores.

Lo que se pretende es, en definitiva, imponerle nuevos sacrificios exclusivamente a la clase obrera, evitar una intervención contra las posiciones parasitarias a las que está vinculado el sistema de poder de la Democracia Cristiana, impedir una renovación del aparato productivo y de la dirección de la vida económica.

Nosotros, por el contrario, y en el interés general del país, luchamos para que los sacrificios, incluyendo la posibilidad de nuevas medidas impositivas si fueran indispensables, se repartan equitativamente, afectando proporcionalmente a las capas más acomodadas. Y luchamos también para que se reformen las estructuras públicas, para que se realice una programación democrática eficaz del desarrollo económico y social —especialmente del desarrollo industrial, a través de la ley de reconversión que está estudiando la Cámara— que permita la participación de las Regiones y de las entidades de la administración local y pueda orientar las decisiones de las empresas hacia objetivos de reconocida necesidad y urgencia para la sociedad y la nación.

En la reunión de los grupos parlamentarios de los partidos democráticos —la denominada

«cumbre económica» de la que hace tiempo que se habla y que parece ser que se celebrará dentro de unos días— formularemos propuestas concretas en varios campos: propuestas para la contención del déficit de la Seguridad Social y la reforma sanitaria; propuestas para la reforma de la hacienda de la administración local, que todavía se trata de eludir, mientras se agrava dramáticamente la situación de los ayuntamientos; propuestas para reducir el déficit del presupuesto del Estado y del sector público en general. Y hay que dejar muy claro que, si se impone la necesidad de aumentar los impuestos directos, no será (como se ha escrito, de forma provocadora y calumniosa, en alguna publicación de derechas) para pagar el mantenimiento de la escala móvil de salarios, sino ante todo para reparar los enormes dispendios provocados por la política irresponsable, corruptora y dilapidadora que ha caracterizado durante tantos años a los gobiernos dirigidos por la Democracia Cristiana, y, al mismo tiempo, para financiar las investigaciones en la agricultura, la lucha contra el paro juvenil, el Mezzogiorno, la construcción de viviendas populares, la reconversión industrial y las inversiones que han de poder realizar los ayuntamientos: sin estas inversiones productivas podemos caer en una nueva recesión, en una disminución de la ac-

tividad productiva y, por consiguiente, del empleo.

Nuestra lucha, pues, está encaminada a detener la inflación con una política que evite la recesión y a la vez cree las condiciones para un nuevo desarrollo del país. La respuesta a los peligros más graves del momento y a las necesidades más urgentes se funde con la necesidad de un cambio profundo de las estructuras económicas y sociales, del funcionamiento del Estado y de todo el sector público, de las relaciones de poder, del modo de vida y de las costumbres del país. Aquí está el vínculo que une sin solución de continuidad nuestra batalla de hoy con la perspectiva de una nueva sociedad que queremos esbozar con nuestro proyecto a medio plazo.

La austeridad es una opción forzosa: convirtámosla en ocasión para transformar la sociedad.

He hablado hasta ahora, camaradas, de problemas candentes, que preocupan a todas las familias, a todos los partidos, a los sindicatos, al gobierno. Estamos comprometidos profundamente en la búsqueda de soluciones a estos problemas; estamos inmersos en ellos, pero no hemos de dejarnos sumergir. Hemos de mantener la cabeza fuera del agua para continuar

pensando, razonando y mirando en lontananza, más allá de lo inmediato, para apartarnos de las viejas orillas y alcanzar litorales nuevos. Esta es la aspiración de nuestro país, lo que necesita y lo que los comunistas queremos darle.

Precisamente porque tenemos presente esta necesidad profundamente sentida, hemos formulado la propuesta de un proyecto de renovación de la sociedad italiana a poner en práctica en el propio marco de una política de austeridad, o, mejor dicho, haciendo de ésta una ocasión, una palanca, para transformar nuestra sociedad.

La austeridad es un imperativo que hoy no se puede eludir. Las objeciones de ciertos académicos ignoran los datos elementales del mundo actual y de la Italia. En síntesis, estos datos son: ante todo, el movimiento y el avance de los pueblos y países del Tercer Mundo, que rechazan y eliminar progresivamente las condiciones de dependencia e inferioridad que han soportado hasta ahora y que han sido una de las bases fundamentales de la prosperidad de los países capitalistas desarrollados; en segundo lugar, la agudización de la competencia, de la lucha nada versallesca entre estos mismos países capitalistas, en la que resultan cada día más perjudicados los países menos fuertes y desarrollados, entre los que se cuenta Italia; finalmente, el manifiesto y cada día más evidente carácter económicamente insos-

tenible y socialmente insoportable, en este marco mundial modificado, de las distorsiones que han caracterizado el desarrollo de la sociedad italiana en los últimos veinte o veinticinco años.

Hace tiempo que los comunistas tratamos de subrayar la importancia y de potenciar la toma de conciencia de estos datos objetivos de la situación mundial e italiana. Sin embargo, son todavía muchos los que no se han dado cuenta aún de que Italia se encuentra ya —y, en mi opinión, se acabarán encontrando también, más pronto o más tarde, otros países económicamente más fuertes que el nuestro— ante un dilema dramático: o nos abandonamos al curso actual de los acontecimientos, dejándonos caer peldaño a peldaño por la escalera de la decadencia, de la barbarización de la vida y, por consiguiente, más pronto o más tarde, de una involución política reaccionaria, o, por el contrario, afrontamos a tiempo la realidad, sin resignarnos a ella, y tratamos de transformar un tránsito tan denso de peligros y amenazas en una oportunidad de cambio, en una iniciativa que pueda dar lugar a un ascenso civilizatorio que no constituya, por lo tanto, una derrota, sino una victoria del hombre sobre la historia y la naturaleza.

Por eso decimos que la austeridad es una necesidad, pero puede ser también una oca-

sión para renovar, para transformar Italia, una ocasión que, sin duda, todavía hay que empezar a conquistar, pero que, precisamente por eso, no hay que dejar escapar.

La austeridad implica, por definición, restricciones de ciertos bienes a los que nos hemos acostumbrado, renuncia a ciertas ventajas adquiridas: pero estamos convencidos de que no es en absoluto cierto que la sustitución de determinadas costumbres actuales por otras, más austeras y no derrochadoras, vayan a conducir a un empeoramiento de la calidad y la humanidad de la vida. Una sociedad más austera pueda ser una sociedad más justa, menos desigual, realmente más libre, más democrática, más humana.

Este es, camaradas, el tema de fondo que hace dos semanas, en el Teatro del Eliseo de Roma, discutimos con los representantes de la cultura y de la ciencia y que hoy hemos querido replantear en esta reunión, aquí en Milán, con los representantes de la clase obrera, es decir, de la fuerza social que mayor interés tiene en cambiar la sociedad, avanzar hacia lo nuevo y construirlo. Junto con esta fuerza queremos reflexionar sobre cómo hay que trabajar y luchar no sólo para sacar a Italia de la crisis, sino para conseguir que salga de ella transformada. (Y, por otra parte, como afirmó acertadamente el otro día el camarada Napolitano en una entrevista a *L'Unità*, en la

que hablaba de los trabajos de la comisión de la dirección del partido preparatorios de nuestro proyecto, Italia sólo puede salir de la crisis si cambia, si se vuelve diferente).

La novedad histórica que caracteriza la actual crisis italiana, desde el punto de vista político y de clase.

¿Cuál es la característica más significativa, desde el punto de vista político y de clase, de la crisis actual? El hecho de que el mundo capitalista, y con él el viejo personal político que todavía ocupa posiciones de poder, se ve obligado a dirigirse a nosotros, a la clase obrera, a los trabajadores, a los comunistas, como fuerza que se ha vuelto indispensable para poner de nuevo las cosas en su sitio, para hacer funcionar la máquina de la economía y la del Estado, para devolver su eficiencia a todo el sistema social italiano. Este hecho contiene una ambigüedad y una trampa, que percibimos claramente sin necesidad de mentores, pero también una auténtica novedad histórica que hay que destacar: las viejas clases dominantes y el viejo personal político saben que ya no están en condiciones de imponer sacrificios a la clase obrera y a los trabajadores italianos: los sacrificios hoy *nos los tienen que pedir*, y *nos los piden*, pero ya no nos los pueden im-

poner, como hacían, en gran medida, en los años cincuenta y sesenta. Eso supone, en mi opinión, el reconocimiento implícito de que somos nosotros, es la clase obrera, son las clases trabajadoras, la nueva fuerza dirigente de la sociedad y del Estado.

En efecto, la clase obrera, los trabajadores y sus organizaciones económicas, sindicales y políticas se han vuelto tan fuertes, están tan extensamente presentes no sólo en la sociedad civil, sino también en las instituciones democráticas y en la vida del Estado, se han consolidado tanto a través de su política democrática, constructiva y unitaria que se han convertido en la fuerza determinante, insustituible tanto para evitar una caída que nos arrastraría a todos como para participar en la dirección de la vida y de los esfuerzos de un país como Italia, en crisis y ansioso de renovación.

Pero ¿en nombre de qué nos piden ayuda los viejos grupos dominantes? Evidentemente, no reconocen pedirla para salvar el capitalismo, para conservar sus privilegios de clase: dicen que los sacrificios de los obreros sirven para conseguir tres objetivos de interés general: sanear la economía nacional, poner en marcha la recuperación productiva y mantener y elevar el nivel de empleo. ¿Qué respuesta hemos de dar a estos tres objetivos? No nos cabe la menor duda: respondemos con tres afirmaciones, pero añadiendo inmediatamente

algo más. Si se pretende alcanzar esos objetivos manteniendo el sistema social italiano en su configuración actual, en sus actuales estructuras económicas e ideas básicas, que no cuenten con nosotros, no lo aceptamos. Y no lo aceptamos no sólo por razones de partido, por motivos ideológicos, sino porque tal pretensión carece de sentido, es un proyecto inviable, imposible de alcanzar: por ese camino no sólo no se renueva el país, sino que ni siquiera se sana y se salva; por ese camino no sólo se perpetúan todas las contradicciones y las injusticias existentes, sino que se crean otras nuevas. Para alcanzar esos tres objetivos de interés general no hay hoy más que un camino: hay que salir, siquiera gradualmente, de los mecanismos y de la lógica que han regido el desarrollo italiano de estos últimos veinticinco años, de sus pseudovalores y, sobre todo, como señalaba acertadamente el camarada Lama, de las costumbres que ha creado; y hay que introducir, añadimos, en la sociedad y en economía italianas, por lo menos algunos de los fines, valores y métodos propios del ideal socialista.

La absurda pretensión de "Sus Señorías" y los objetivos de nuestra concepción de la austeridad.

La política de austeridad, tal como la entendemos nosotros, puede ser asumida por el movimiento obrero precisamente porque puede cortar por la base la posibilidad de continuar basando el desarrollo económico italiano en la insensata hinchazón del mero consumo privado, que es fuente de parasitismos y privilegios, y conducir hacia una configuración económica y social inspirada y orientada por los principios de máxima productividad general, racionalidad, honestidad, justicia, disfrute de bienes auténticos, como son la cultura, la instrucción, la salud, una relación libre y sana con la naturaleza. «Sus Señorías», como diría nuestro Fortimbrás, persiguen, por el contrario, un objetivo absurdo, porque pretenden en definitiva mantener el consumismo que ha caracterizado el desarrollo económico italiano de los últimos veinte o veinticinco años y, al mismo tiempo, reducir los salarios.

La política de austeridad ha de dirigirse precisamente contra esta política restauradora y reaccionaria, es decir, tanto contra la demencia consumista como contra el intento de cargar los costes de la salida de la crisis sólo sobre las espaldas de la clase obrera y de los trabajadores. Ese es el terreno donde se produ-

ce hoy el enfrentamiento de clases, pero también, añadiría, el de dos concepciones de la civilización; ahí reside también el significado innovador de una política rigurosa de austeridad.

Al oírnos hablar tanto de austeridad, algunos han creído que podían hacer ironía fácil: ¿Acaso —han preguntado— os estáis convirtiendo los comunistas en ascetas, en moralistas? Responderé con las palabras que pronunció, mientras arreciaba todavía la guerra de Vietnam, el primer ministro de aquel país, el camarada Phan Van Dong: «El socialismo no significa ascetismo. Afirmar algo semejante sería ridículo, reaccionario. El hombre ha nacido para ser feliz: lo que ocurre es que para ser feliz no es necesario tener un automóvil... Más allá de cierto límite material, las cosas materiales no importan demasiado, y entonces la vida se concreta en sus aspectos culturales y morales. Nosotros deseamos que nuestra vida sea una vida completa, multilateral, rica y plena, una vida en la que el hombre exprese todos sus valores reales. Esto es lo que da sentido a la vida y valor a un pueblo».

Creo, camaradas, que habría sido muy conveniente que a vuestra asamblea, abierta por un ecuaníme y eficaz informe del camarada Corbani y a lo largo de la cual hemos escuchado intervenciones tan ricas, interesantes y concretas, hubieran asistido ciertos difamado-

res de la clase obrera y del partido comunista. Les habría servido de advertencia y quizás de enseñanza: de advertencia a todos los que se dedican a difundir cada día noticias catastróficas sobre el estado de las relaciones directas que tiene nuestro partido con la clase obrera y con los trabajadores; de enseñanza para los que todavía no han comprendido el alto grado de madurez política de los obreros comunistas y para todos los que quieran comprender cómo abordamos los comunistas nuestros problemas, los de los trabajadores y los del país, y cómo superamos las dificultades que van surgiendo en nuestro trabajo, en nuestro camino.

Sólo puede ser mayoritaria una línea unitaria y constructiva, sin concesiones en el terreno de los principios.

Vuestra asamblea ha dado la prueba tangible de que la línea que seguimos, tanto en los problemas contingentes como en los de mayor alcance, se va afirmando, superando resistencias que nacen de la presencia de otras líneas políticas y de incomprensiones provocadas por reacciones espontáneas apresuradas. Aunque se trata de una línea necesariamente compleja, difícil de aplicar día a día con coherencia y flexibilidad, las intervenciones de tantos ca-

maradas en esta asamblea demuestran su validez, su capacidad de convencer a nuevas masas obreras y trabajadoras. Es la única, en nuestra opinión, que lleva en sí la posibilidad de afirmarse, de vencer.

Otras hipótesis, otras líneas políticas y sindicales, pueden obtener en algunos lugares adhesiones temporales, pero a la larga resultan derrotadas porque carecen del rigor analítico y de la solidez de perspectiva que caracterizan nuestra línea y la de los sindicatos unitarios. Me refiero a las líneas que, por otra parte, son y seguirán siendo inevitablemente minoritarias, porque están viciadas de corporativismo, de sectarismo, de derrotismo, de subordinación. Sólo puede ser mayoritaria una línea unitaria, constructiva, real, verdaderamente renovadora, democrática y de masas como la que nosotros impulsamos.

Pero la labor de orientación ha de continuar, intensificarse y fundirse con el desarrollo de la iniciativa unitaria en las fábricas y fuera de las fábricas, utilizando especialmente, entre los muchos que se han indicado aquí, el instrumento de las conferencias de producción, del que ha hablado con tanta eficacia e inteligencia el camarada de la Necchi que me ha precedido en el uso de la palabra.

El eje general de nuestra política sigue siendo, hoy más que nunca, la búsqueda de la más amplia unidad de la clase obrera, de los tra-

bajadores, de las fuerzas democráticas y populares. Pero no caigamos en el error de creer que la unidad se puede desarrollar cediendo en el terreno de los principios y diluyendo y aguando los rasgos distintos del Partido Comunista Italiano.

Una de las características de nuestro partido es su notable capacidad y agilidad —que casi todos nos reconocen— para captar las novedades de la situación interior e internacional y para adaptar a tales novedades nuestra acción política, en un desarrollo y puesta al día incessantes tanto de la elaboración como de la actividad práctica y de los métodos de trabajo dentro de una línea de continuidad. Hoy, como todos vosotros advertís sin duda, se está produciendo una creciente presión —que, por otra parte, es perfectamente explicable, porque nuestra fuerza ha crecido tanto que molesta a muchos, y existen bastantes interesados en hacerla retroceder y reducir por lo menos en parte— encaminada a empujarnos hacia cosas que consideramos viejas, superadas y, en cualquier caso, equivocadas.

Cuatro respuestas a adversarios y a autotitulados amigos:

a) sobre nuestro internacionalismo

Pongamos algunos ejemplos para descubrir el juego de algunos de nuestros adversarios o de los que se autotitulan nuestros amigos. Sobre nuestro internacionalismo, por ejemplo: formulamos críticas, en ocasiones duras, a hechos concretos y también a ciertos rasgos antidemocráticos presentes en los regímenes políticos del Este europeo. ¿Son correctas estas críticas? Creemos que sí: responden a nuestra concepción del socialismo, a nuestras responsabilidades ante la clase obrera; y hay algo más: no nos limitamos a criticar, sino que nos esforzamos también, aunque en medida insuficiente, por analizar, comprender las causas de esos rasgos. Sin embargo, una vez dejado esto bien sentado, respondemos con una negativa a los que nos quieren conducir a la ruptura con otros partidos comunistas, a los que nos quieren impulsar a negar lo que fue la Revolución de Octubre y las demás revoluciones que se han producido en el Oriente europeo y asiático y el papel que desempeñan la Unión Soviética y los demás países socialistas en el equilibrio internacional y en la lucha por la paz mundial, a los que quieren que ne-

guemos el carácter socialista de las relaciones de producción que existen en esos países.

b) sobre capitalismo y socialismo

Otro ejemplo: nosotros afirmamos —y también aquí creo que estamos en lo cierto, porque se trata de una afirmación basada en la experiencia, en el conocimiento de la realidad de nuestro país y de Occidente, y no de una afirmación instrumental— que el mercado, la empresa y el beneficio pueden y deben mantener una función incluso en el marco de una economía orientada por una voluntad pública democrática. Sin embargo, nos guardamos bien de aceptar los consejos de los que nos querrían convertir en paladines del capitalismo o incluso en defensores de su superioridad sobre el socialismo.

c) sobre nuestro método del centralismo democrático

Los comunistas tratamos de imprimirle un carácter cada vez más democrático a nuestra vida interna, a los métodos de formación de las decisiones y de elección de los dirigentes, pero algunos de nuestros adversarios querrían que de éste y otros aspectos de nuestra renova-

ción sacáramos la conclusión de que hay que legitimar las tendencias organizadas y abandonar el método de vida interna que llamamos «centralismo democrático». Pero ¿saben lo que es el «centralismo democrático»? Me parece que no. En cuatro palabras, centralismo democrático significa que, dejando muy claro que son inadmisibles las corrientes y fracciones, en nuestro partido hay plena libertad de opinión y de propuesta, que si en una organización de partido, a cualquier nivel, o en el conjunto de partido hay posiciones contradictorias, se puede decir que se decide con una votación, y, si se considera necesario, con una votación sobre un documento. La posición que obtiene la mayoría se convierte en la posición de todo el partido y, por consiguiente, todos han de respetarla y aplicarla en el trabajo y en las iniciativas concretas, lo que no impide que se conserve el derecho a mantener la propia opinión y a plantear de nuevo las propias tesis en las formas, las instancias organizativas y los momentos que los estatutos prevén y tutelan. Eso es, ni más ni menos, el centralismo democrático. No creemos que otros partidos tengan una vida democrática interna tan intensa como la del nuestro.

d) *sobre nuestros grandes maestros Gramsci y Togliatti*

Un último ejemplo, camaradas, para terminar. Este año celebraremos el 40º aniversario de la desaparición de nuestro Antonio Gramsci. Algún compañero afirmó acertadamente hace unas semanas que no es posible encontrar en Gramsci una explicación o justificación de todos los aspectos de nuestra política actual. Yo añado que no sólo no es posible sino que sería absurdo, incluso que algunos análisis y algunas sugerencias de Gramsci están claramente superados. Pero he aquí que cierta gente, la misma de antes, se basa en este hecho para aconsejarnos que nos deshagamos de él, que lo echemos al mar. Pues bien, ¡no!, Gramsci y Togliatti siguen siendo nuestros grandes maestros; sin sus aportaciones en el pensamiento y en la acción nuestra política ni siquiera habría surgido, ni podría desarrollarse en las direcciones actuales. Por eso hacemos una llamada a todos nuestros camaradas, especialmente a nuestros jóvenes, y también a algunos pontífices de la cultura, para que lean y releen, con espíritu crítico, por supuesto, a Gramsci y a Togliatti y aprendan de ellos no sólo lo que escribieron, sino también el método adecuado para comprender e interpretar como revolucionarios la historia que avanza, la realidad que se transforma.

Que no se hagan, pues, ilusiones, los que apuntan y presionan desde las columnas de ciertos periódicos y revistas para empujar a nuestro partido bien hacia atrincheramientos dogmáticos, conservadores, que nos volverían incapaces de captar lo nuevo y desarrollar y superar elaboraciones antiguas que ya no tienen validez, bien hacia la dilapidación de nuestro gran patrimonio.

A nuestros camaradas, en este momento en que, una vez más, el partido y el pueblo italiano pasan por una dura prueba, les decimos que hemos de dedicar todas nuestras energías a un incesante esfuerzo de innovación e invención y, al mismo tiempo, pertenecer fieles a los principios comunistas. Y, frente a ciertos petulantes, permitidme, camaradas, que recuerde como conclusión aquel famoso verso de Dante con el que Marx cerró el prólogo a la primera edición del *Capital*:

"Segui il tuo corso e lascia dir le genti".